
LOS SONIDOS SILENCIOSOS DE VENUS
V.A. CARTER
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Los sonidos silenciosos de Venus

V. A. Carter

Valenciana (1961)
Luchadores del Espacio 188

V. A. CARTER

LOS SONIDOS SILENCIOSOS DE VENUS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

EL pájaro metálico se zambulló a terrorífica velocidad en el mar de algodonosas nubes. Un segundo antes brillaba sobre las cabezas de sus tripulantes un firmamento repleto de estrellas, entre las que destacaba el monstruoso sol amarillento, padre del sistema, como un ojo colosal que contemplara irónicamente el soberbio despliegue de fuerzas de aquellas insignificantes criaturas. Ahora solamente una niebla espesa, de color blanco—amarillento, que impedía totalmente la visibilidad, era cuanto podían contemplar a través de los azulados cristales plásticos las dos personas que miraban a través de ellos.

El tercer tripulante, sentado ante los mandos, no apartaba su vista del deslustrado cristal de una pantalla de radar que le decía cuanto no podía saber por medio de sus órganos visuales.

—¡Oye, Phil! —gritó uno de los que miraban hacia el exterior, con fuerte acento francés—: ¿Esta niebla va a durar mucho rato?

Una seca carcajada, sin alegría, le respondió.

—¡Pregúntale a Janet! Ella lo sabe mejor que yo.

Raoul Derieux, el francés que rompiera el silencio, se volvió interrogadoramente a la muchacha que ocupaba el asiento junto al suyo en la estrecha cabina de la nave. Janet Duncan, una preciosa rubia a cuyo físico no se podía oponer un solo reparo desde la cabeza a los pies,

se encogió de hombros sin desviar la vista un solo instante del exterior. Ni una sola palabra salió de sus perfectos labios.

—Lo siento, Phil —murmuró zumbonamente Raoul—. He olvidado el papel sellado… ¿No puedes decirme algo tú, sin descuidar los mandos?

—¡No! —contestó secamente el otro, que no podía ocultar ni un solo instante su procedencia norteamericana—. Tu obligación es haber leído el informe que redactamos Kurt y yo a nuestro regreso.

—¡Oooh! ¡En mi vida leí cosa más aburrida…! Pero, de todas formas, sé que a mil metros sobre el nivel del mar empieza a aclarar algo, y que al ras del suelo, en los lugares más bajos, se puede ver bastante bien a veinte metros de distancia… si tienes la suerte de que no esté lloviendo a mares. ¡Lo que yo quiero que me digas no es eso, sino lo que vamos a tardar en llegar a esa altura!

—No llegaremos.

—¿Por qué? —preguntó machaconamente el francés. Lo sabía de sobra, como cualquiera de los otros, pero era incapaz de estarse sin hablar, si podía evitarlo.

—¿Quieres que nos rompamos las narices contra algún macizo montañoso? ¡Ni con el radar se puede volar tan bajo a la velocidad que llevamos! —Phil Rayburn comenzaba a impacientarse ante la supina ignorancia que aparentaba su compañero—. ¡Y cállate ya de una vez!

—¿Y cómo diablos puedo preguntar con la boca cerrada? —insistió, testarudo—. Si no podemos ver los restos del aparato de Mack, no sé para qué hemos venido hasta aquí.

—¡Cretino! —murmuró rabiosamente el piloto, comprendiendo por fin que el otro le estaba tomando el pelo—. ¡Conecta la pantalla buscadora!

Normalmente, Phil Rayburn no hablaba de aquella forma a su mejor amigo, pero aquel volar a ciegas, aunque fuera con la ayuda del radar de orientación, le estaba crispando los nervios. En cualquier otra ocasión le hubiera seguido la broma, contribuyendo a ella con algo de su propia cosecha,

Raoul obedeció, y durante un rato se hizo un total silencio en la estrecha cabina. En el cuadrilátero de cristal opaco que tenía ante sí, el francés podía ver perfectamente señalados todos

los accidentes del terreno que sobrevolaban: altísimas cordilleras de agudos picachos, grandes extensiones llanas, que lo mismo podían ser planicies que mares, aunque más bien se inclinaba por esto último, ya que las ondas del radar atravesaban a veces las poco profundas aguas para dibujar tenuemente el contorno del suelo submarino… marismas, lagos, ríos… y ni un solo palmo de terreno seco. Sabían que prácticamente toda la superficie del planeta estaba cubierta de bosques donde no había agua cubriendo la tierra, pero esto casi no podía ser

comprobado mediante los aparatos de a bordo, que no señalaban a aquella altura cuerpos tan pequeños como los árboles.

—Ven acá, Raoul —dijo Phil. El otro obedeció, sabiendo de qué se trataba, y ambos permutaron de asientos. El norteamericano se desperezó lo mejor posible en el reducido espacio de que disponía para ello, tratando de dar algún ejercicio a sus músculos entumecidos por la inmovilidad de varias horas, y siguió escrutando la pantalla como lo había venido haciendo Derieux.

—Creo —rompió finalmente el silencio Janet Duncan, con los dientes apretados de cólera por el poco caso que hacían aquellos hombres ante su despectiva actitud—. Creo que deberíamos comunicar con…

—¡Hágalo si le place, señorita! —le interrumpió secamente, como abstraído en lo que estaba haciendo, Rayburn. El francés rió entre dientes, aunque cuidando mucho de que los otros no se enterasen.

La muchacha, encargada de las comunicaciones por radio, empuñó el micrófono. Sus manos temblaban de mal contenida ira,

—¡*Admiral*! ¡*Admiral*! —llamó repetidas veces—. ¡Aquí *Alcyon*!

Quien la viera habría pensado que de un momento a otro iba a emprenderla a mordiscos con lo primero que le viniese a mano. Finalmente obtuvo respuesta.

—¡*Admiral* a la escucha! ¡Te oigo, *Alcyon*!

—Sin novedad. Seguimos volando a ciegas y llevamos recorridos… —se interrumpió para escuchar lo que le decía en voz baja e impersonal Phil Rayburn—. ¡Gracias! Llevamos recorridos algo más de siete mil kilómetros, y ni rastro del *Ares*. Cuando estemos dispuestos al regreso pediremos posición. ¡Corto!

—¡Esper…! —la voz femenina se interrumpió en seco al cortar Janet la comunicación. Desafiadoramente levantó la mirada, paseándola en derredor… y se encontró con los ojos de Rayburn clavados en los suyos.

—¿Por qué ha cortado? —preguntó él secamente. Su expresión hubiera asustado a cualquier hombre en aquel momento, y Janet Duncan se sintió sobrecogida. Pero ¡no iba a dejarse dominar por aquel fatuo!

—Porque me carga la conversación de esa Hart. Pero… —agregó con cierto retintín— si tiene mucho interés, capitán, puedo llamar de nuevo. Posiblemente su *querida Susan* se alegrará mucho de ello.

—¡No hace falta! ¡Gracias!

Nuevamente se hizo el silencio. El *Alcyon* cortaba como un meteoro la espesa atmósfera de Venus, dejando atrás kilómetros y kilómetros de territorio apenas adivinado por sus tripulantes, y más de una monstruosa bestia de las que infestaban sus marismas corrió desaforadamente, aterrada por el espantoso trueno que la máquina dejaba tras de sí como una estela retumbante. Phil Rayburn se

sorprendía de vez en cuando a sí mismo con la vista desviada de la pantalla, contemplando el perfil de su vecina. Irritado, volvía a su obligación, temiendo que hubiera escapado a su escrutinio el objeto que debía presentarse ante él como un punto más brillante que todos los demás que aparecían sobre el cristal. Pero no por ello lograba concentrar su pensamiento en el trabajo que realizaba.

Aquella muchacha, Janet Duncan, no era para él la misma que dos años antes le abrazara con lágrimas en los ojos, luego de haber hecho lo mismo con su hermano el teniente Mack Duncan Jr. Iban a emprender la primera aventura real del hombre en el espacio exterior: la exploración de Venus. Sin embargo sus medios eran mucho más limitados que los de que disponían ahora en este segundo intento. Dos naves, dos gigantescos escarabajos sin ninguna belleza, aunque terriblemente prácticos para el objeto a que se destinaban. Como cuerpo expedicionario, además de ellos dos, los acompañaba el alemán Kurt Loranger, una especie de enciclopedia animada, y el japonés Asimuro Tamoto, de renombre universal como especialista en medicina del espacio… y de la otra. Finalmente, Mikhail Leontiev, aportación rusa al diminuto comando, tan eficaz en su labor de mecánico—piloto—navegante, especialista en todo cuanto podía ser necesario para un vuelo por el espacio…

—¡Pobre Mikhail —murmuró para sí el americano, que actuara como jefe de la expedición—. ¿Estará aún por ahí abajo, vivo, aislado de toda compañía humana, o lograría encontrar a Mack… vivo? ¿Habrán muerto los dos? Es lo más seguro… Venus no parece ser el lugar más apropiado para que dos seres humanos sobrevivan un año sin otros medios que sus propias débiles fuerzas.

Uno de los dos aparatos que componían el grupo, el *Ares*, podía ser adaptado, con unas ligeras transformaciones, para el vuelo atmosférico, en igual forma que el *Alcyon* que tripulaba ahora. Con él realizaron varios vuelos, tratando de penetrar la espesa masa de nubes que envolvía el planeta, pero para alcanzar un grado aceptable de visibilidad, se hacía preciso poco menos que rozar las altas copas de los árboles. Imposible hacerlo sin arriesgarse a dejar las narices en cualquier ladera de las que inopinadamente surgían ante uno. Hasta que, por fin, en cierta ocasión, Mack y Mikhail hallaron lo que buscaban: una amplia faja de arenoso suelo entre un altísimo acantilado por una parte y el mar por la otra,

—¡Oye, Phil! —gritó Derieux desde el puesto del piloto—. Nos estamos acercando al hemisferio en que es de noche. La luz disminuye muy rápidamente.

—¿Eh…? —preguntó, no captando de momento lo que le decía el otro—. ¡Ah, sí! Vuelve en dirección paralela a la que hemos seguido. No veremos mucho menos que ahora, de internarnos ahí, pero… ¡Aguarda! Sigue un poco más adelante.

Raoul movió la cabeza con aire dubitativo, rectificando la posición de los mandos que había comenzado a desviar.

—Ni él mismo sabe lo que hace…

Pero sí lo sabía, a juzgar por las siguientes palabras del capitán.

—La pantalla señala una súbita interrupción del terreno, como si de pronto descendiera de nivel. Tal vez sea el acantilado bajo el que aterrizaron Mack y Mikhail…

Con los nervios en tensión, aguardaron los tres. Los breves momentos necesarios para alcanzar la vertical sobre la brusca cortadura fueron de verdadera prueba para ellos, que hubieran querido encontrarse instantáneamente allí.

—¿No puede bajar más, Raoul? —preguntó ansiosamente Janet, olvidándose de tratarle despectivamente.

—Imposible. ¡Casi rozamos el suelo ya!

—¡Ahí está¡—gritó Rayburn—. ¡El *Ares* está ahí debajo!

El *Alcyon* se zambulló bruscamente al dejar atrás el borde del acantilado y comprobar Derieux que tenía por debajo cerca de dos mil metros de aire.

—¡Hurra! —gritó el piloto con toda la fuerza de sus pulmones. Janet Duncan se abalanzó sobre la pantalla, sin preocuparse demasiado por la proximidad de Rayburn, y que los alientos de ambos se confundían al mirar ansiosamente el pequeño triángulo de luz que aparecía casi en el mismo centro. Minutos antes, la sola idea de estar a menos de medio metro de su *odiado* ex novio la hubiera puesto frenética de indignación.

—¡Descienda junto a él, Raoul! —ordenó la muchacha impulsivamente. El hombre, ajustándose aquel mandato a sus propios deseos, inclinó aún más la nariz del esbelto aparato, con la intención de trazar un amplio círculo que, calculaba, dejaría al *Alcyon* sobre la arena a pocos metros del *Ares*.

—¿Estás loco? —gritó Rayburn, medio incorporándose—. ¡Estabiliza inmediatamente!

Ni se percató de que el cosquilleo que sentía en su nariz se lo causaban los dorados cabellos de Janet, revoloteando a causa de su propio aliento.

—Pero, Phil! —se asombró el francés—. Si queremos saber lo que ha sido de Mack y Leontiev, tendremos que…

—¡No ahora, de noche! ¿Qué esperas encontrar con semejante oscuridad? Si han resistido vivos hasta ahora, al amanecer también lo estarán. Y si… —no continuó, pero los otros dos entendieron perfectamente lo que callaba—. ¡Regresemos!

—¡No! —se opuso violentamente la muchacha—. ¡Descienda, Raoul!

Phil se puso lentamente en pie, desentendiéndose de la ya innecesaria pantalla buscadora. Su ceño no auguraba nada bueno para

quien se interpusiera en su camino.

—He dicho que regresemos, y eso significa que volvemos a la base inmediatamente. ¡Janet! ¡Comunica con el *Admiral*! He de hablar con tu padre.

Había olvidado el *usted* con que se dirigía a ella desde su violenta repulsa a raíz de su regreso a la Tierra con los restos de la primera expedición.

—¡Ya lo creo que lo haré! ¡Y voy a ser yo misma quien hable con papá!

Raoul, aunque ardía en deseos de obedecer a la muchacha, se estaba limitando a dar vueltas alrededor de aquel triángulo luminoso. Temía y respetaba demasiado a Phil Rayburn para hacer otra cosa: cuando su amigo opinaba así, sus motivos debía tener.

—¿Quiere hacer el favor de decir a mi padre que acuda, señorita Hart? —Janet había logrado establecer comunicación con el *Admiral*. Una pausa bastante prolongada siguió a las palabras de asentimiento de Susan Hart, y nuevamente la muchacha oprimía el micrófono como si tuviera la intención de estrujarlo entre sus manos—. ¡Papá! ¡Les hemos encontrado…! No… no quiere este salvaje que tienes por segundo. ¡No tiene entrañas!

Rayburn alargó un brazo, conectando el altavoz que permitiría a todos oír las palabras emitidas desde el *Admiral*, a la vez que tomaba otro micrófono para utilizarlo él mismo. Instantáneamente sonó la voz del coronel Duncan.

—… que me lo explique él mismo…

—A la escucha, señor —dijo con voz impersonal, de perfecto subordinado.

—¡Ah, hola, Phil…! ¿Qué es eso que me dice Janet, que habéis encontrado…?

—Sí, señor. El *Ares* está, aparentemente, debajo mismo de nosotros. Desgraciadamente no creo que haya nadie a bordo.

—¿Qué te hace pensarlo? —se percibía perfectamente la desilusión del hombre que por unos momentos ha creído recuperar al hijo perdido, y vuelve a encontrarse muy poco más cerca de ello que antes.

—El *Ares* parece encontrarse en perfectas condiciones, pero ni siquiera emite con los radiofaros de situación. Como usted sabe, señor, apenas consumen energía y son fácilmente reparables en caso de averiarse. Por tanto, la única explicación que encuentro es que no están allí ni el teniente Duncan ni el telegrafista Leontiev, y ello desde hace varios días por lo menos.

—¿Y por qué no descendéis? —era notable el contraste entre la actitud del padre y la hija para enfrentar el mismo problema. Ella se había mostrado despótica, y dispuesta a la violencia con tal de conseguir

saber cuanto antes de su hermano. El coronel Duncan, en cambio, fiaba totalmente en el buen juicio de su subordinado, pese a que, lógicamente, debía sentirse tanto o más impaciente que Janet por saber lo ocurrido con su hijo.

—Es totalmente imposible, coronel… o al menos demasiado arriesgado para que me atreva a correr con la responsabilidad. Estamos en el hemisferio nocturno, y ya sabe usted lo que significa un aterrizaje en semejantes condiciones, expuesto a estrellarnos con cualquier roca demasiado pequeña para que el radar la localice a distancia, pero bastante grande para ocasionar una catástrofe.

—Tienes razón —asintió el coronel, luego de un breve silencio reflexivo—. Regresad y…

—¿Vas a consentir que este… este… —Janet Duncan no encontraba adjetivo lo bastante fuerte para aplicar a la que consideraba inconcebible conducta de su ex novio— bruto se salga con la suya? ¡Yo no!

—¡Janet! ¡Obedecerás a Phil como si fuera yo mismo! ¡Y le autorizo para que te dé una azotaina en mi nombre si te insubordinas con él! ¡Corto!

Rayburn se volvió sonriendo hacia la muchacha.

—Ya has oído lo que ha dicho el coronel, Janet —dijo—. Apenas te desmanes tendré sumo placer en cumplir sus órdenes. ¡Ya me están cargando tus caprichos de niña mimada!

—¡No te atreverás, Phil Rayburn! ¡Sería capaz de matarte! ¡Oh! —escondió el rostro entre sus manos—. ¡Te odio con toda mi alma!

Raoul Derieux sonreía ante los mandos, dirigiendo el *Alcyon* hacia las alturas más allá de la atmósfera, donde esperaba el grupo de diez astronaves de quiméricas formas, unidas entre sí hasta formar una rueda. Aquella pareja, que ahora parecían odiarse con todas sus fuerzas, acabarían cayendo uno en brazos del otro como había ocurrido siempre desde que el mundo era mundo.

Capítulo II

EL único lugar de reunión de que podía disponerse a bordo del *Admiral* era el vacío depósito principal de combustible de una de las astronaves que lo formaban, construido precisamente con la intención de que sirviera para este objeto secundario una vez dejara de ser útil para el principal. Se trataba de un largo cilindro de unos treinta metros de largo por aproximadamente diez de ancho, dividido en compartimentos iguales, adaptados a varios usos. En uno de ellos se reunieron el coronel Duncan, su hija y Phil Rayburn.

—Esto es todo, señor —concluyó el último con una débil sonrisa—. Como verá, nada espectacular, aunque para nosotros sea importantísimo.

—¡Basta ya de hipocresías, señor Rayburn! —saltó Janet, siempre dispuesta a zaherirle—. Si usted lo considerara así, a estas horas habríamos revisado de punta a cabo el *Ares*… y tal vez yo hubiera abrazado ya a mi hermano —concluyó con un sollozo.

El joven se mordió los labios sin pronunciar palabra alguna en su descargo, y el coronel dirigió una muda mirada de reproche a su hija.

—Pero, bueno… —la muchacha interrumpió al cabo el que parecía iba a ser interminable silencio—. ¿Es que no pensáis hacer nada? ¿Vamos a estarnos tres días completos mano sobre mano, esperando que amanezca en ese malhadado planeta de ahí abajo?

—Hija, no te desquicies —la amonestó el coronel—. Estoy, mejor dicho estamos, aunque no lo creas de Phil, tan impacientes o más que tú misma. Pero no podemos lanzarnos ciegamente a una búsqueda desatinada, exponiéndonos a que en lugar de dos sean seis o siete los extraviados. ¿O crees que hay alguna forma de anticipar ese momento?

—Solamente se me ocurre una, señor —dijo Rayburn—. Sin embargo… no sé hasta qué punto puede ser factible.

—Veamos.

—Raoul, Kurt y yo podríamos lanzarnos en paracaídas sobre el lugar. Bien pertrechados de provisiones, sin olvidar las armas porque seguramente habrá que defenderse de alguna de esas lagartijas que entrevimos en el viaje anterior, podríamos guarecernos en el *Ares* hasta que amaneciera y, al menos, estaríamos seguros de si están allí o no. Luego, el *Alcyon* nos recogería y tal vez aquel mismo lugar pueda servir de base para iniciar los estudios que constituyen la misión principal que se nos ha encomendado, aunque para nosotros no lo sea.

—Yo voy con vosotros, muchacho. Me extraña que hayas pensado en dejarme atrás —dijo el coronel en tono ofendido.

—¡Y a ver quién es el valiente que se atreve a impedirme a mí que vaya también! —Janet se engalló como dispuesta a sacarle los ojos al que se interpusiera en su camino.

—Entonces, quien abandono soy yo, coronel. Lo lamento —e hizo ademán de levantarse—. No tengo ningún especial interés en estarme tirando de los pelos continuamente con la caprichosa de su hija.

—¿Capri…? —con los ojos encendidos por la cólera, la muchacha se encontró sin fuerzas para abalanzarse sobre él, según parecía su intención, de puro indignada—. ¡Desaparece de mi vista rápidamente, Phil Rayburn, porque soy capaz de…!

—Desde luego lo eres, Janet. Con su permiso, coronel.

Y dando media vuelta salió.

* * *

Sin embargo, era Phil Rayburn el primero que se disponía a lanzarse en paracaídas varias horas después. La empresa no era fácil ni mucho menos, si se tenía en cuenta que desconocía en absoluto el lugar de su descenso. Cargado como una mula, atendió las últimas instrucciones y consejos del coronel.

—Cuando saltes, no abras el paracaídas inmediatamente, a fin de caer lo más cerca posible del *Ares*. Desde aquí te indicaremos el momento en que has de hacerlo. Al llegar a tierra recibirás instrucciones por radio acerca del rumbo a seguir, y los demás iremos saltando de uno en uno en igual forma…

—De acuerdo. ¿Falta mucho, Moshe?

El que pilotaba el atestado aparato, contestó sin volver la cabeza:

—Cuando quieras, avisa.

—¡Ya!

—Pues… diez segundos, aproximadamente.

Phil se aproximó a la portezuela de salida. El aparato no estaba construido precisamente para el lanzamiento de paracaidistas, y precisaba un buen salto para impedir que la estructura de cola le destrozase una vez estuviera en el aire. Apoyando los pies firmemente en el suelo, se agazapó mientras el coronel deslizaba el panel corredizo. Un formidable estruendo, causado por el aire desplazado a tremenda velocidad, borró todos los sonidos en el interior de la máquina.

La señal le llegó por medio de los auriculares, en forma de una sola palabra:

—¡Ahora!

Distendiendo rápidamente los músculos de las piernas como si fueran

muelles de acero, saltó al vacío.

Durante una fracción de segundo se encontró bañado en la viva luminosidad de los chorros de la aeronave. Luego todo se hizo negro a su alrededor.

No tenía idea de arriba ni abajo. Le era imposible percibir el más mínimo destello de luz por parte alguna, y a no estar seguro de que se precipitaba hacia un astro, hubiera podido creer que se encontraba en pleno vacío… un vacío sin estrellas, negro, totalmente negro como el infierno, con una negrura que casi podía palparse… ¿Cuándo le darían la señal?

Le acometió un súbito pánico. ¿Por qué no podía haberse estropeado su receptor? Su mano, engarfiada en la anilla, pugnaba por dar el tirón que le libraría de morir destrozado. Involuntariamente trató de tensar aún más los ya rígidos músculos, en instintivo gesto defensivo.

Estaba ya seguro de que jamás le llegaría la señal. Pero, ¿cuánto tiempo llevaba cayendo? Debían ser más de diez minutos. ¿Estaría ya muerto, o…? Tal vez se había estrellado ya contra el suelo, en forma tan instantánea que ni siquiera llegó a apercibirse de que moría. ¡Aquella oscuridad tan total no podía existir en parte alguna del Universo! ¿Sería posible que ni un solo fotón llegara hasta allí? ¿Ni tan solo uno que hiriera sus pupilas durante una millonésima de segundo? Los ojos le dolían con el esfuerzo de mirar a través de los para él invisibles cristales que los protegían. Quizá en el momento de saltar, por alguno de los muchos inexplicables fenómenos del Cosmos, se habían invertido las leyes de la gravedad y subía en lugar de descender… Horrorizado, se apercibió de que comenzaba a desvariar, aunque ello le proporcionaba a la vez el alivio de suponer que aún vivía…

—¡Abre ahora!

Sin que su cerebro llegara a captar el significado de la señal que hería sus tímpanos, ésta viajó por su sistema nervioso a la velocidad de la luz, activando un músculo, éste a otro… y el enorme paraguas de seda se abrió con un formidable estampido. Phil casi se sintió desmayar de alivio.

Una pierna se le había enredado entre las cuerdas del paracaídas, y el destrabarla le mantuvo ocupado los suficientes segundos para serenarse definitivamente.

—¿Me falta mucho para llegar abajo? —preguntó. Suponía que apenas unas decenas de metros, ya que a sus oídos llegaba el rumor de las olas lamiendo mansamente la arenosa playa que constituía su objetivo.

—Vas a alcanzar el suelo de un momento a otro. Prepárate. ¿Hay mucho viento?

—No percibo ninguno. Si hay alguna brisa, debe ser muy débil.

—Bien. Recoge el paracaídas. Caerás dentro del agua, a cosa de un centenar de metros de la costa. El salvavidas se inflará automáticamente y no será demasiado difícil. Si el paracaídas te dificulta los movimientos, abandónalo, aunque podría ser muy útil si es necesario montar una tienda de campaña o refugio de alguna especie.

La ajustada malla impermeable que llevaba le impidió percibir la temperatura del agua al caer sobre ella con tremendo chapoteo. Su cinturón se infló automáticamente, y al quitarse los guanteletes pudo comprobar que las aguas estaban tibias, casi calientes, claro indicio de la sofocante temperatura que debía reinar en el planeta durante las horas diurnas.. Imposible recuperar el paracaídas que debía haberse enganchado en algún escollo, por lo que decidió prescindir de él.

—¡Abra ahora! —sonó en sus oídos, seguido de un tremendo cañonazo. El segundo paracaidista caía en las cercanías y casi se había estrellado, a juzgar por lo próximo al suelo que frenó su bajada.

—¡Oye, Moshe! —se creyó en el deber de advertir—. ¡Aunque caigamos algo más desparramados, hazme el favor de dar la señal un poco antes! Si te descuidas llega el coronel al suelo antes que yo… pero hecho puré.

A sus últimas palabras las acompañó el chapoteo de Duncan. Phil extrajo una enorme pistola, y apuntando hacia arriba, realizó un único disparo. A doscientos metros de altura se encendió un blanco sol, alumbrando los alrededores con su brillante luz, lo que le permitió ganar a nado la orilla en breves instantes. Duncan le tendió los brazos en el momento que la bengala llegaba al agua, y el joven hizo un segundo disparo, que se reflejó en la tela del tercer paracaidista que caía en el mismo borde de la playa en aquel instante, a un centenar de metros de allí.

Media hora después estaban reunidos los cinco, camino del *Ares*; de vez en cuando arrojaban una bengala hacia lo alto, si bien la mayor parte del tiempo se alumbraban con sus propias linternas individuales.

—¡Fijaos en esto! —exclamó de pronto Kurt Loranger, apuntando con su linterna hacia el suelo. Todos se congregaron a su alrededor, y Phil midió con su mano la pequeña oquedad en la arena.

—Casi medio metro… —murmuró, asombrándose del tamaño del animal capaz de dejar aquella huella.

—Y si cuentas las señales de los dedos, pasa del metro —Loranger había llegado a otras conclusiones—. La separación entre las huellas es de tres metros, lo que indica aproximadamente la longitud del cuerpo del animal… descontando la cabeza y la cola, si las tiene.

—¡No quisiera verme delante de él en estos momentos! —aseguró Derieux con toda serenidad—. ¡Vamos deprisa hacia el *Ares*!

—No es fácil que ande rondando por aquí a estas horas. Seguramente

los animales de este planeta duermen durante las horas de oscuridad en que es imposible ver cosa alguna.

Poco tardaría en desengañarse Rayburn, comprobando que estaba totalmente equivocado cuando afirmó esto.

* * *

El *Ares* estaba totalmente vacío, según pudieron comprobar. Las escotillas de entrada se encontraban cerradas desde el exterior, y no fueron obstáculo para la partida de rescate, cuyos miembros captaron de una ojeada todo su contenido.

—¡Todas las conexiones eléctricas están en cortocircuito! —exclamó asombrado Derieux—. ¿Cómo es posible eso?

—Relativamente sencillo, creo yo —afirmó Rayburn—. Mack y Mikhail descendieron aquí poco después de amanecido. La playa era mucho más estrecha que ahora. Al desaparecer Mikhail, su compañero salió en su busca y entretanto subió la marea, que debe ser fenomenal en este planeta tan cercano al sol. Cubrió totalmente al *Ares*, impidiendo el regreso a sus tripulantes, y seguramente éstos habían dejado algún acceso mal cerrado. El agua penetró dentro e hizo polvo todos los instrumentos magnéticos y eléctricos. Así se explica la ausencia de toda clase de señales.

—¡Pero todo estaba cerrado cuando llegamos, y aquí no se ven señales de humedad! —rebatió el coronel Duncan.

—Lo que parece probar —concluyó Phil— que los dos, o al menos uno de nuestros amigos, regresaron posteriormente y trataron de reparar las averías. Sí buscamos bien, encontraremos señales de ello. Lo primero que habrán intentado arreglar es la radio. ¡Compruébalo, Kurt! —no obtuvo respuesta—. ¡Kurt!

El alemán había desaparecido.

Duncan y Derieux se aproximaron a la portilla. A unos metros de distancia podía verse una linterna explorando el suelo.

—¡Loranger! —llamó el coronel—. ¿Qué hace usted?

—Estoy buscando… —se interrumpió en seco y, con una exclamación, bajó la linterna hasta casi ponerla en contacto con la arena. Nunca supieron lo que buscaba—. ¡Coronel, venga acá, por favor!

Cuando llegaron a su altura aún permanecía con la luz clavada en el mismo lugar. La huella de una bota como las que ellos mismos llevaban, estaba apuntando exactamente en dirección opuesta al *Ares*.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Fíjese bien, coronel. Yo creo que esa huella no es de ninguno de nosotros. ¡Y parece reciente!

—¿Y por qué no ha de ser nuestra?

—Sencillamente, porque nadie de nosotros ha estado aquí, que yo sepa. Vinimos por el otro lado y directamente al *Ares*.

Duncan examinó con más atención aquello que podía ser la prueba de que su hijo estaba con vida. Sin embargo, sentía sus dudas.

—Es muy reciente. Compruebe que aparece con los bordes nítidos, cuando, de tener solamente dos o tres días, estaría casi borrada por la brisa…

—… lo que tal vez demuestre que posiblemente su hijo o Leontiev, o ambos, han estado a bordo del *Ares* hasta que les cayó la noche encima. Quizá, si hubiéramos llegado algunas horas antes, habríamos coincidido con ellos aquí.

—¡No me haga concebir ilusiones, Loranger, y, sobre todo, no le diga nada de esto a mi hija! Si ha salido por su propio pie es que lo ha hecho por su voluntad y posiblemente esté en lugar seguro. Dentro de cuarenta y ocho horas amanecerá y podremos seguir su rastro.

—Lo dudo, coronel —intervino Derieux—. Para entonces no habrán huellas que seguir, porque el viento las habrá borrado.

Phil Rayburn observaba intrigado al grupo desde uno de los ventanos del *Ares*. Algo apartada de él aguardaba Janet, deseosa de imitarle, pero conteniéndose por que Phil no creyera jamás que se interesaba por sus acciones. ¡Si él miraba a los otros, ella no!

El joven vio cómo los otros empezaban a caminar, alejándose de allí, olvidados al parecer de que detrás suyo quedaban otros dos miembros del grupo, que quizá querrían acompañarles. Llamó.

—¡Eh, coronel! ¿Adonde van?

—Volvemos inmediatamente. Esperadnos.

—¡Vaya gracia! —comentó para su belicoso auditorio—. ¡Como si pensaran que vamos a irnos de paseo por ahí!

Y en vista de que, a casi todos los efectos, podía considerarse solo, reanudó sus pesquisas, emprendiéndola con la radio.

Janet se pegó inmediatamente al cristal, sustituyéndole en la vigilancia de los que se alejaban.

Raoul hizo alto tan bruscamente que los otros dieron varios pasos antes de percatarse de que lo dejaban atrás.

—¡Mire esto, coronel! ¡Creo que Kurt está en lo cierto!

Sobre una de las huellas que iban siguiendo, aparecía claramente impresa la marca de un pie humano, descalzo. Los otros dos examinaron atentamente el nuevo indicio.

—¡No hay duda alguna! ¡Están vivos los dos, y uno de ellos ha perdido las botas o anda sin ellas! —exclamó alegremente el coronel.

Loranger exploró los alrededores sin pronunciar palabra, y luego siguieron adelante.

Inesperadamente se encontraron interrumpido el paso por el

imponente acantilado. Las huellas se desviaban hacia la izquierda, y algunos metros más adelante penetraban en una estrecha cortadura que se abría como un formidable hachazo. El paso apenas mediría cuatro o cinco metros de ancho, y los hombres vacilaron unos instantes antes de decidirse a penetrar por él.

Raoul Derieux lanzó un penetrante grito de agonía y cayó de rodillas, tratando de sacudirse de encima algo que le estaba apuñalando cruelmente con afiladísimas garras y colmillos.

Su lámpara, al caer al suelo, alumbró un grupo de negras sombras que se precipitaban sobre ellos, y que se apartaron rápidamente del cono de luz.

Capítulo III

AL oír el grito del francés, Duncan y Loranger dirigieron instintivamente sus lámparas hacia él. Una especie de mono, con larguísimas garras, le estaba reduciendo prácticamente a tiras, pero al ser herido por la luz abandonó su presa, sumergiéndose en la oscuridad. Sin embargo, tuvieron tiempo de fijarse en el negro brillante de su lisa piel, semejante a la de una foca terrestre, y que su tamaño apenas excedería de un metro desde la cabeza hasta las extremidades inferiores. Andaba sobre dos delgadas piernas, ligeramente encorvado hacia adelante.

Las luces retrasaron el ataque general durante una fracción de segundo, suficiente para que los dos hombres sacaran sus pistolas, comenzando a disparar contra todo lo que se movía a su alrededor. Aquellos seres parecían temer a la luz más que a las armas, y su ferocidad había sido bien puesta de manifiesto en el relampagueante ataque de un solo individuo contra el comparativamente voluminoso Derieux.

Uno tras otro empegaron a caer bajo las balas, pero por cada uno que mordía el polvo, otros tres o cuatro saltaban a sustituirle. Los dos hombres trataban de proteger en lo posible al maltrecho Raoul, sin descuidar por ello su propia defensa, y veían angustiosamente cercano el instante en que se agotaran las municiones de sus pistolas. Aquellas feroces criaturas no les permitirían recargar, ya que a los terrestres les era imposible alumbrar todo su alrededor al mismo tiempo, y tan pronto se volvían hacia un lado, aquellos seres negros avanzaban por los restantes.

Cada vez los tenían más cerca… Casi… Un salto y los cubrirían con la enorme masa de sus pequeños cuerpos… Había centenares de ellos.

—La última bala, coronel —murmuró Loranger, derribando a una de aquellas repugnantes figuras.

—¡Si al menos hubiéramos traído…! ¡Aagh! —el resistente material del traje de Duncan se rasgó bajo las afiladas garras de un venusiano que acababa de saltarle sobre la espalda. El coronel, como antes le ocurriera a Derieux, cayó de rodillas. Su lámpara dejó de colaborar con la de Kurt, e instantáneamente se vieron envueltos en una vorágine de cuerpos resbaladizos, que los aplastó bajo el peso combinado de aquellas fieras.

Durante unos segundos se debatieron en la oscuridad, esperando de

un momento a otro el zarpazo que pusiera definitivo término a sus vidas. Sangraban en abundancia por infinidad de heridas.

Y de pronto cesó el ataque, tan bruscamente como empezara. Los dos hombres siguieron luchando unos instantes, sin percatarse de que ya no tenían enemigos y que una vivida luminosidad los envolvía por todas partes, procedente de lo alto. Por fin, medio insensibles a causa de las numerosas rasgaduras que sufrían, se dejaron caer, sin fuerzas siquiera para maravillarse de aquella súbita liberación de una muerte que ya consideraban segura.

* * *

Con la nariz pegada al cristal, Janet Duncan veía alejarse a su padre y los dos hombres que le acompañaban. Mejor dicho, lo único visible para ella eran los destellos de las linternas en aquella absoluta oscuridad. Minutos después, cuando ya se habían alejado bastante, se trasladó a la portilla, desde donde podía verles directamente sin el estorbo de la luz del interior de la cabina reflejada en el cristal.

Rayburn, detrás de ella, continuaba revolviendo el interior del *Ares*, en busca de algún rastro de sus desaparecidos tripulantes. Su silencio no constituía guía alguna para la muchacha, que más de una vez estuvo tentada de apartar la vista de los de afuera para dirigirla hacia el interior.

Cuando los tres hombres llegaban al pie del acantilado, luego de una ligera desviación de su rumbo, y confiaba en que iniciarían el regreso, vio cómo la lámpara de uno de ellos salía despedida por los aires, y un segundo después le llegó débilmente un grito de terror, a la vez que las dos luces restantes giraban locamente en todas direcciones, alumbrando unas fugitivas siluetas. Restallaron en la oscuridad rápidos fogonazos seguidos del estruendo de los disparos.

—¡Phil! ¡Phil! —llamó la muchacha, aterrada, comprendiendo que su padre y los otros dos estaban sufriendo un ataque de desconocidos pobladores de aquel planeta. El hombre estuvo a su lado de un salto.

—¿Qué ocurre? —preguntó. Desde luego estaba seguro de que algo la había asustado, a juzgar por el tono de su voz.

Janet señaló con brazo tembloroso, movimiento innecesario, pues él también se había percatado del aprieto en que se encontraban sus compañeros.

Sin casi detenerse a mirar, regresó al interior del aparato. A su vuelta llevaba, en una mano una de aquellas pistolas lanzadoras de bengalas y en la otra un potente rifle. Al tiempo que saltaba al suelo hizo un disparo al aire y un segundo más tarde los alrededores quedaban brillantemente iluminados.

Vieron cómo una multitud de pequeños seres que andaban erguidos sobre dos delgadas piernas se despegaban de los tres terrestres, desapareciendo en un momento a través de una estrecha abertura en la pétrea pared. Las inmóviles figuras de sus tres compañeros y de varios de aquellos animales, o lo que fuesen, fue lo único que quedó sobre el campo de batalla. Tanta había sido la precipitación con que se dieron a la fuga, que se atropellaron unos a otros, lanzando agudos chillidos de terror.

—Toma el rifle —ordenó Rayburn, arrojándoselo a Janet. La enemistad que los separaba había desaparecido de sus mentes en aquel momento, y ella no pensó siquiera en negarse a cumplir sus órdenes—. Si ves que regresa alguno de esos bichos, no vaciles en disparar sobre él. Yo voy a ver qué les ha ocurrido.

—¡Tengo miedo, Phil! ¿Crees que papá está… está…? —no se atrevió a pronunciar la fatídica palabra. Sus ojos parpadeaban rápidamente, tratando de contener las lágrimas que podrían estorbarle la visión si se hacía preciso disparar.

—No puedo saberlo, Janet —murmuró él suavemente—. Cuando veas que la bengala está a punto de llegar al suelo, arroja otra. No podemos arriesgarnos a quedar a oscuras.

Janet asintió, y pensando en lo que iba a hacer aquel hombre a quien, pese a todo, seguía amando con todas sus fuerzas, olvidó por un segundo que una de aquellas tres inmóviles formas tiradas a unos centenares de metros de distancia, era su propio padre. Tomando a Rayburn por un brazo, a riesgo de caerse ella desde lo alto del aparato, le obligó a detenerse,

—¡No vayas, Phil! —sollozó—. ¡Te matarán!

El hombre se quedó inmóvil por la sorpresa. Acarició con ternura la mano que le retenía, desprendiéndose suavemente de ella.

—No temas, *Pussy* (gatito) —le sonrió en la penumbra de su rostro vuelto al contrario de la luz, aplicándole el apelativo que ya no había esperado volver a pronunciar en su vida—. Volveré.

Y, dando media vuelta, se encaminó a grandes zancadas, con toda la velocidad que le era posible, hacia los caídos. En su crispada mano centelleaba la pistola, lista para abrir fuego demoledor contra todo lo que se opusiera a su avance.

Duncan y Loranger se incorporaban penosamente cuando llegó junto a ellos. Derieux, más castigado que ellos, permanecía en la misma posición en que cayera, sus ropas totalmente empapadas en sangre.

Rayburn ayudó a terminar de levantarse al coronel y a Kurt, quienes se tambalearon el uno contra el otro, como beodos. Luego se inclinó sobre el francés.

Vivía. Su fatigosa respiración así lo indicaba, aunque no debía tener

un centímetro cuadrado de piel sana en todo el cuerpo. Especialmente el rostro lo tenía totalmente destrozado hasta el punto de ser irreconocible: un ojo le había sido arrancado de cuajo, y la aguda garra había trazado un largo surco desde allí a la oreja del mismo lado, hasta partirla limpiamente en dos. Otro terrible arañazo le corría desde la boca, dejando el hueso del mentón al descubierto, y de allí saltaba al pecho, rasgando el traje y la piel. La ropa le había preservado bastante, aunque sin impedir por completo la acción de las afiladas uñas.

Pero aunque quizá no tan aparatosa, la más terrible herida era la que el pobre Derieux tenía en el cuello, sobre el hombro izquierdo, que dejaba brotar a borbotones la sangre de la yugular partida en dos.

Phil Rayburn se dirigió hacia los otros dos, sintiendo una extraña opresión en la garganta.

—¿Podrán andar, apoyándose mutuamente, coronel? —preguntó, sin demasiadas esperanzas de que los semiinconscientes heridos fueran capaces de responderle.

—Probaremos —repuso débilmente Duncan.

Tomando cuidadosamente al semidescuartizado Derieux, emprendió el regreso hacia el *Ares*. En aquel momento una segunda bengala renovaba la iluminación del paisaje, iniciando el descenso colgada del paracaídas.

La relativamente corta distancia hasta la aeronave fue de verdadera prueba, no porque careciese de fuerzas en su fornido cuerpo para acarrear el peso de su amigo, sino porque hizo el camino con la máxima rapidez posible, a fin de iniciar una cura de urgencia cuanto antes.

—¿Es papá? —preguntó Janet entrecortadamente, incapaz de reconocer aquel rostro desfigurado y cubierto de sangre.

—No —jadeó el capitán—. Ayúdame a meterle… den… tro.

Tuvo que contribuir también con sus escasas fuerzas a que Phil elevara su propio peso hasta la portilla. Finalmente arrastraron a Derieux, acomodándole sobre uno de los sillones extensibles de la cabina.

—Haz lo que puedas por él —dijo el joven, ya algo recuperado el aliento. Janet habíase incorporado a la expedición haciendo valer su profunda experiencia como médico y telegrafista a la vez, y aunque no podía comparar su pericia con la de Tamoto o Susan Hart en las respectivas especialidades, era lo único de que podía disponerse en aquel momento—. Yo voy a ayudar a Kurt y a tu padre.

Lanzó una nueva luminaria hacia las alturas, y tomando consigo el arma lanzadora por si era necesaria, ahora que Janet no podía ayudarle, corrió al encuentro de los que llegaban.

El coronel apenas había sufrido otra cosa que algunos arañazos superficiales y estaba casi totalmente recuperado de la impresión

cuando se reunió con ellos. Loranger llevaba abierta de arriba abajo una manga, y posiblemente también el brazo, a juzgar por el rastro de sangre que iba dejando. Duncan tenía que esforzarse por mantenerle en pie, ya que el alemán estaba casi exhausto a causa de la hemorragia.

—¡No, déjalo, Phil! —le contuvo Duncan, viendo su intención de cargar con el herido—. Yo puedo llevarle bien hasta el *Ares*. Tú, acércate al lugar de la batalla y recoge las linternas y todo lo que se nos haya podido caer. Tal vez nos sea necesario más adelante.

—Pero, señor… —vaciló Phil. No creía que los objetos perdidos fueran más importantes que el riesgo a que se exponía si a los *monos* les daba por regresar.

—No hay cuidado —aseguró Duncan, sonriente—. Le tienen verdadero pánico a la luz, y mientras haya alguna bengala en el aire permanecerán alejados.

Más tranquilizado, el joven obedeció. De vez en cuando giraba en derredor una recelosa mirada, mientras iba recuperando todos los objetos perdidos en el combate por sus compañeros. Lámparas, pistolas, la dorada insignia del sol atravesado por un cohete, desprendida de la guerrera de Derieux… todo fue a parar a sus amplios bolsillos. Luego se quedó mirando, pensativo, a los negros bultos de los cadáveres de los atacantes.

Acometido de súbita idea, se echó uno de ellos bajo el brazo y volvió a buen paso hacia el *Ares*.

* * *

El coronel Duncan estaba cubriendo el cuerpo de Derieux con la seda de un paracaídas. Su hija, esforzándose valientemente por contener los sollozos, apretaba un torniquete en el brazo de Loranger, quien mantenía el rostro tan impasible como si no sintiera dolor alguno. Phil Rayburn dejó caer descuidadamente, con sordo golpe, la *cosa* que llevaba bajo el brazo.

Los otros se volvieron, y permanecieron mirándole mientras él cerraba cuidadosamente la portilla. En el exterior se extinguía en aquel instante la última bengala,

Sin hacer caso de sus compañeros, como si hubiera olvidado totalmente su existencia, Rayburn pasó por entre ellos y se introdujo por una estrecha puertecilla que conducía al departamento de equipajes. Desplegando una colchoneta inflable, se tumbó sobre ella antes de que estuviese siquiera preparada.

Su mente quedó totalmente en blanco, y no hubiera podido decir el tiempo que permaneció inmóvil por completo, como muerto. Si los del otro departamento hablaron algo, sus palabras no llegaron a causarle

impresión en el cerebro, como si hubiera quedado sordo también.

Los anchos hombros del coronel, obstruyendo Ila entrada de la luz desde la cabina, le trajeron a la realidad. Pero ni un solo músculo de su cuerpo se movió.

—Phil… —llamó quedamente el padre de Janet y Mack.

Silencio. Rayburn hizo como si no lo oyera, pese a que el otro podía ver sus ojos, brillando en la penumbra, fijos en él.

—Muchacho… —insistió Duncan casi en un suspiro—. ¿Me oyes, Phil?

—¡Váyase al diablo! —contestó secamente, con voz lo suficiente alta para que le oyeran Janet y Loranger. Duncan se quedó rígido como si le hubieran dado un mazazo.

—¿Qué significa eso, capitán Rayburn? —preguntó con dureza el coronel—. ¡Se está usted tomando demasiadas libertades con un superior, que ha creído era usted digno de su amistad!

—Significa… —masculló el joven, lentamente—. Significa ¡lo que usted ha oído: mar… che… se… al… di… a… blo! —la última sílaba era casi un alarido—. ¿Y quiere que le diga también los motivos que tengo para enviarle allí? ¿O no es necesario?

Duncan vaciló entre creer que Rayburn estaba loco… o que tenía razón: algo de esto último le había estado remordiendo la conciencia últimamente. Pero cabía que estuviera equivocado y quiso oír los motivos que tenía para increparle de aquella forma.

—¡Le agradecería una explicación, capitán! —murmuró con firmeza.

—¡Pues ahí la tiene, señor! —recalcó la palabra *señor*, tal vez sin intención alguna, pero Duncan no lo creyó así—. ¡Por culpa suya, exclusivamente suya, acaba de morir un hombre, mi mejor amigo! ¡Porque, como yo, se sintió obligado a buscar a otros dos amigos a quienes usted envió antes a la muerte! ¡Y uno de ellos era su propio hijo!

Duncan se mordió los labios. ¡Había acertado en su presentimiento! Sin embargo trató de defenderse, de mantener su personalidad ante su hija, confiando en que el otro mantendría su palabra.

—¡No les envié yo, capitán! ¡Recuérdelo! ¡Vinieron a Venus, lo mismo que usted, porque lo quisieron ellos! Y en esta expedición no hay una sola persona que no sea voluntario…

Rayburn se puso lentamente en pie… dio un paso hacia el coronel, y éste se echó atrás, temeroso de que tratara de desahogar a puñetazos la ira que le hervía en el interior. Phil rió secamente, sin alegría alguna.

—No tema, coronel… —soltó otra corta carcajada sin descomponer las facciones—. Recuerdo lo prometido: su hija es más importante para usted que…

Se interrumpió en seco, percatándose de que en los últimos minutos

había hablado en demasía y casi había quebrantado la palabra de honor que diera en cierta ocasión.

—¡Maldito sea, coronel! ¡Qué bien me la jugó entonces! —murmuró, pasando por su lado. Los otros, pese a que estaban cerca, no pudieron oír sus palabras. Pero sí Duncan, que le tomó de la mano, oprimiéndosela en rápido gesto de agradecimiento.

Rayburn hizo ademán de aproximarse a donde yacía el cadáver de Derieux, pero lo pensó mejor y se arrodilló junto a Loranger, que estaba examinando al ser que él había traído.

—Carnívoro, sin duda alguna —indicó los agudos colmillos que sobresalían sus buenos dos centímetros de los demás dientes en forma de sierra. Carecía de ojos por completo, al parecer, aquel rostro inhumano, de puntiagudas orejas, boca enorme y cráneo pelado—. ¿Cómo crees que pueden ver, Kurt?

—Con los ojos, naturalmente —repuso éste—. Pero solamente les sirven para distinguir la luz de la oscuridad.

—¿Cómo es posible eso? Yo no veo nada que se parezca a órganos visuales.

—Pero los tienen. Mira —con los dedos, el alemán tomó un pellizco de la piel del rostro, encima de la casi inexistente nariz, donde poco antes había practicado una incisión. La piel se levantó, apareciendo debajo de ella algo como un cristal opaco, azulado—. Los ojos no los tienen en el exterior, como nosotros, sino debajo de la piel, lo bastante delgada para permitir el paso de la luz, por débil que sea.

—¡Pues no me explico cómo pudieron localizaros a vosotros tan perfectamente, Kurt!

—Por el oído. Deben tenerlo agudísimo y posiblemente se ayuden con ultrasonidos reflejados, como lo hacen los murciélagos en la Tierra.

—Ya comprendo… —de reojo dirigió un vistazo a los Duncan, padre e hija, que estaban tratando de obtener contacto con el *Admiral*—. Eso y su terror a la luz los señala como seres perfectamente noctámbulos, que durante el día permanecerán ocultos en cualquier cueva oscura, como los murciélagos. De noche salen en busca de presas, que no deben serles demasiado difíciles si los demás tienen costumbres opuestas a las suyas: los pillarán dormidos.

—Esa es, aproximadamente, mi idea.

—¿Y qué me dices de su capacidad intelectual? ¿Son seres inteligentes?

—No te lo podría decir, Phil. Su constitución física es, en apariencia, semejante a la de cualquier animal terrestre. Sin embargo, las diferencias son tan considerables al propio tiempo, que no creo que sin practicar una autopsia a fondo se pudiera averiguar gran cosa. Y yo no dispongo aquí de elementos…

—Lo que me recuerda que tenemos casi dos días y tres noches de estar aquí encerrados, con *éste* y con Raoul. Tendremos que sacarles, porque el calor que hace en este maldito planeta los hará descomponerse muy deprisa. Y no creo que el coronel piense que salgamos de expedición mientras no haya luz… Por cierto, que aún no me habéis dicho qué diablos buscabais yéndoos tan lejos.

Loranger le miró, como extrañándose de tal pregunta, hasta que se percató de que en realidad el joven no había tenido ocasión de saber nada sobre las huellas. Se lo dijo.

Phil soltó un corto silbido, pero no dijo nada. Poniéndose en pie, procedió a encender un cigarrillo, mientras a sus oídos llegaba, sin que pusiera atención en las palabras, la voz del coronel Duncan hablando con el *Admiral*.

Janet, sentada junto a su padre, dirigió al joven una mirada repleta de rencor y se volvió rápidamente hacia otro lado. La tregua momentánea entre ellos había cesado, y la guerra se presentaba más enconada que antes, si cabía. El capitán rió para sí con amargura, pensando que ahora le sería más difícil el soportar la indiferencia, y manifestarla él a su vez, luego de haber gustado por un fugaz instante las mieles de la reconciliación. ¡Bien! Seguiría desempeñando su papel lo mejor posible.

—¡Maldito seas, Duncan! —murmuró nuevamente, en voz baja. ¿Cómo se le habría ocurrido nunca el aceptar la responsabilidad de…?— ¡Al diablo! Si continúo machacándome los sesos acabaré estropeándolo todo… y nadie se beneficiará con ello.

—Oye, Phil… —preguntó Loranger, poniéndose en pie junto a él—. ¿Qué ha ocurrido entre tú y el coronel para que te pusieras así antes?

—¡Olvídalo, Kurt! ¡Se me desataron los nervios! —una extraña mirada del otro le dijo que no creía que fuera solamente eso. Pero no insistió. Kurt Loranger sabía cuándo resultaba peligroso tratar de que la gente hablara sin ganas.

Capítulo IV

LA larga noche, equivalente a tres días terrestres, tocaba a su fin. Una tenue luminosidad empezó a dibujarse por el horizonte; poco a poco, con desesperante lentitud, creció. Y cuando ya era bastante fácil identificar los objetos circundantes pese a la llovizna que ya duraba varías horas, los cuatro refugiados en el *Ares* escucharon el estruendo de los motores del *Alcyon*, que daba vueltas sobre sus cabezas, perdiendo altura para aterrizar en la playa.

Asimuro Tamoto, el pequeño japonés, fue el primero en pisar tierra, seguido de Dave Knight. Ambos se aproximaron corriendo al *Ares*, en tanto que Duncan, Rayburn, Janet y Loranger salían a su encuentro. Cinco hombres más quedaron descargando el equipo.

Cordiales abrazos, cual si hubieran estado separados varios meses en lugar de sólo tres días escasos, se cruzaron entre unos y otros.

Knight, un canadiense gigantesco, de cara de niño, se quedó mirando los alrededores, molesto por el chaparrón que le caía encima.

—¡Vaya sitio! ¡Y de pequeño me recomendó el médico que tomara mucho sol!

—¿Traéis todo lo que hemos pedido, Dave? —preguntó Duncan con impaciencia.

—No, coronel. Era imposible. Fíjese que, además de Moshe, éramos siete. Hemos tenido que repartirnos entre la cabina y el compartimento de carga.

—¿Entonces el *Alcyon* tendrá que hacer otro viaje? —el coronel estaba visiblemente desilusionado.

—Será preciso. Hemos traído el cabrestante para arrastrar al *Ares* hasta fuera del alcance de la marea, si es posible. Para ello podrá servirnos el motor del helicóptero, que también viene en este viaje, junto con los rotores.

—¡Pues yo no espero a que tengáis montado ese chisme! ¡Me marcho ahora mismo! —sus ojos recorrieron el grupo que le rodeaba, y no viendo movimiento alguno, agregó—: ¡Aunque sea solo!

—Yo voy con usted, señor —ofreció Rayburn.

—Y yo —intervino Loranger.

—Supongo que habrá contado conmigo, ¿no, coronel? —Knight adelantó la barbilla en ademán desafiador, como si temiera que no fuese así.

—¡No, Tamoto! —Duncan alzó el brazo antes de que el japonés

empezara a hablar—. A usted le necesito ahí arriba, por si ocurriera algo.

—Como guste, señor —se plegó el japonés sin abandonar su sempiterna sonrisa—. ¡Me hubiera gustado ir!

—Debiera dejarle, coronel —terció Rayburn—. Asimuro es de los nuestros y se encontrará perdido entre los demás. ¡Y el comandante Bukhara es un oficial competente!

Duncan observó durante varios segundos la tarea de los que descargaban el *Alcyon*, sin despegar los labios.

—No debiera consentir esas divisiones en bandos entre mis hombres —dijo por fin—. No es bueno para la disciplina. Pero por esta vez voy a hacerlo. Puede venir con nosotros, Tamoto.

—Gracias, coronel —y, con una ceremoniosa inclinación de cabeza, se alejó, regresando al *Alcyon*. Duncan se volvió hacia su hija.

—Supongo que también tú alegarás algún derecho para formar parte del grupo, como ya lo has hecho antes —a juzgar por su expresión, la perspectiva de llevar a Janet consigo no le causaba placer alguno.

—¡Desde luego que sí, papá! ¡Sobre todo si tienes en cuenta que al capitán Rayburn no parece agradable mi compañía!

El coronel soltó un bufido. Estuvo a punto de replicar duramente, pero una mirada al impasible rostro de Phil le hizo desistir.

Una hora después, el pequeño grupo, cargados todos sus componentes como muías, estaba dispuesto para la marcha. Los cinco hombres que llegaron en el *Alcyon* acababan de sujetar un resistente cable a unas rocas en la boca del desfiladero por donde penetrarían ellos, con el fin de arrastrar hasta allí al inutilizado *Ares* y tratar de repararlo sin que los interrumpiese la marea, que ya comenzaba a elevarse.

—¡Tened mucho cuidado con las visitas! —advirtió Duncan—. Uno o dos de vosotros debéis estar siempre dentro del aparato, vigilando la radio y prestos a ayudar a los compañeros en caso de ataque. No abandonéis las armas ni un solo segundo. ¡Los habitantes de este condenado planeta parecen bastante peligrosos!

La cortadura por la que penetraron, única salida hacia tierra firme desde la playa, que ellos supieran, seguía una pendiente bastante pronunciada que, al cabo de media hora, los hacía asomar a una rocosa planicie, más bien un valle encajonado entre altísimas cumbres. Todo a su alrededor estaba cubierto de una espesa selva que apenas permitía ver a unos metros de distancia.

—¿Qué camino seguimos ahora, coronel? —preguntó Knight, apoyando la culata de su rifle en un peñasco—. En cuanto penetremos en la arboleda vamos a estar completamente perdidos.

—Supongo que, de encontrarnos en la Tierra, lo mejor sería

encaramarnos a uno de esos picachos y otear el panorama. Pero aquí resulta imposible por dos razones: que deben estar altísimos y que la bruma que nos impide ver las cimas desde aquí, actuará en igual forma hacia abajo, o sea, que la visibilidad será nula —Duncan estaba descorazonado.

—¿Por qué no continuamos en línea recta por el fondo del valle? Si, por cualquier motivo, nos vemos obligados a regresar, será más fácil encontrar el camino de vuelta —sugirió Rayburn—. Y también pienso que lo más lógico es que nuestros compañeros hayan seguido el sendero más accesible.

—Tal vez tengas razón, Phil —reconoció el coronel—. Hagámoslo así.

Apenas reanudada la marcha, Janet se puso al lado del coronel, que abría la marcha precedido por Rayburn.

—¿Por qué no hemos esperado en la playa a que regresara Mack, papá? —preguntó—. Lo más seguro es que vuelva allí para continuar trabajando en el aparato.

—No tenemos la certeza de que vaya a hacerlo, hija. Quizá sus visitas al *Alcyon*, por la causa que sea, no resulten demasiado frecuentes. Además, debes tener en cuenta que el motivo oficial de nuestra expedición no es exclusivamente tratar de rescatar a Mack y Mikhail, sino explorar el planeta Venus en busca de lugar apropiado para establecer una base permanente que nos permita explotar las indudables riquezas de todo género que posee. Esta salida nuestra cubre los dos objetivos.

—Ya… ¡Ooh! —dio un paso atrás, cogiéndose del brazo de su padre al tiempo que gritaba estridentemente. La enorme cabeza que asomaba por encima de la copa de un árbol cercano, se volvió al oír la voz, y miró fijamente a las insignificantes figurillas que se habían detenido, iniciando algunas de ellas un movimiento de retirada.

Picado por la curiosidad, el gigantesco animal estiró su cuello de jirafa, cubierto de amarillos pelos hirsutos, y arqueándolo por encima del árbol tras el que se ocultaba su cuerpo colosal, bajó la cabeza para observar más de cerca aquello que le estaba llamando la atención.

Posiblemente se trataba de un pacífico herbívoro, a juzgar por la ausencia de incisivos en la entreabierta bocaza, de la que sobresalía una rama que había estado masticando. Sin embargo, los dos agudos cuernos, rectos como lanzas, que llevaba sobre la frente, imponían respeto y temor.

—¡Quietos todos! —dijo Loranger—. No parece que lleve intenciones hostiles.

La apocalíptica bestia dio unos pasos, saliendo completamente de detrás del ramaje. La cabeza, cuando la llevaba completamente erguida,

distaría del suelo sus buenos veinte metros; y desde ella al nacimiento de la corta cola no habrían menos de otros tantos. Su apariencia general era la de una jirafa, con las patas delanteras mucho más largas que las traseras, aunque se le veía una mayor pesadez de movimientos, posiblemente a causa de la inmensa mole que tenía que arrastrar. Estaba totalmente cubierto de una especie de lana rojiza, alternada con larguísimas cerdas amarillas, y las vértebras se le prolongaban, sobresaliendo por sobre el lomo para formar como un erizamiento de agudas lanzas a todo lo largo del cuerpo, cada una de más de un metro de larga.

Los terrestres permanecían absolutamente inmóviles, temiendo que, pese a las apariencias, aquel bicho sintiera la tentación de probar a qué sabía la carne humana. Tenían las armas listas para disparar, aunque suponían que, en caso necesario, de poco iban a servirles.

—¡Se necesitarían obuses de artillería para derribarlo! —observó Knight, expresando el sentir de todos ellos.

De pronto la colosal cabeza pareció perder todo interés en aquellos bichitos insignificantes, y se volvió en otra dirección. Las amarillas cerdas de su cuerpo parecieron erizarse como el lomo de un gato, y su cabeza se bajó hasta que el cuello estuvo en posición casi horizontal, a la vez que giraba en redondo hasta dar la espalda a los seres humanos.

—¡Me parece que ha llegado la hora de largarnos de aquí! —dijo Rayburn, adivinando lo que se avecinaba—. Ese bicho ha visto algo que posiblemente supone un peligro para él, a juzgar por su actitud.

—¡Pues si es algo que puede hacerle daño a él, apañados estamos nosotros! —comentó Knight—. Si nos coge por delante, no quedan ni los rabos…

Desviándose de su primitiva ruta, con intención de dar un rodeo, se encaramaron por una empinada pendiente. Llevaban recorridos apenas un centenar de metros cuando un sordo fragor se dejó oír tras ellos, y como puestos de común acuerdo, se volvieron a una.

Una pareja de animales, bastante más pequeños que el que les obstruyera el paso, estaban atacando a éste. Se les veía mucho más ágiles, aunque su tamaño se aproximaría bastante al de elefantes, y seguían una táctica muy a propósito. Mientras uno de ellos distraía la atención de su presa con demostraciones de querer atacar en el acto, realizando algunas fintas, saltando adelante para retroceder seguidamente, el otro daba un rodeo para situarse a la espalda del herbívoro.

La víctima del combinado ataque, capaz de acabar con uno de sus enemigos fácilmente, se veía en inferioridad de condiciones ante la estrategia de que se valían éstos. Sin embargo, o bien poseía cierta inteligencia, o mucha práctica en semejantes combates, pues ni una sola vez perdió de vista a ambos. Mientras el segundo trataba de colocársele

a la espalda, él giraba el cuerpo de tal modo que los tuviera siempre a los lados, dispuesto para girar el largo cuello en la dirección requerida para recibir con los cuernos al primero que saltase.

Pero aquella defensa tenía sus limitaciones, que se vieron claras cuando el acorralado llegó a una posición en que girar más suponía dar prácticamente la espalda al enemigo que permanecía al acecho, y detenerse era permitir que el otro se le colocara detrás. En cualquiera de los casos era seguro que, en cuanto perdiera de vista a alguno, éste saltaría con la rapidez del relámpago.

Así ocurrió. Dándose cuenta del aprieto en que le colocaban sus adversarios, la desgraciada presa trató de mover su mole en dirección contraria a como lo había hecho hasta entonces, confiando en que lo haría lo bastante aprisa para no dar lugar a que el otro se aprovechara de la momentánea ventaja. Pero sus movimientos eran lastimosamente pausados para ello, y apenas iniciado el retroceso ya tenía a una de aquellas fieras encima de las espaldas, si bien que en precario equilibrio al tratar de eludir los agudos pinchos.

Una especie de relincho de dolor fue el anuncio de que se sentía herido, y el largo cuello se dobló en forma inverosímil hacia atrás, buscando al traidor que en aquella forma aprovechaba el ligero resquicio en su guardia. Las dos astas no parecieron encontrar resistencia alguna en la coraza córnea que cubría el cuello y parte de la cabeza del carnívoro, atravesándolo de parte a parte.

La primera parte de la batalla parecía presentarse favorable al atacado, pero entonces entró en acción el otro, abalanzándose a la garganta del que acababa de matar a su compañero, inclinando de su lado la balanza.

Segundos después, mientras la víctima se estremecía aún en los últimos destellos vitales, el único sobreviviente iniciaba el festín. Los terrestres reanudaron la marcha, fuertemente impresionados por el despliegue de formidables energías de que habían sido testigos.

—¡Diablos! —comentó Knight, echándose la pesada mochila al hombro—. Si los bichitos esos son muy abundantes por estos parajes, estoy viendo que no duramos ni dos días.

—Confiemos en que no sea así —murmuró el coronel.

Por suerte, el terreno montañoso no parecía muy del agrado de aquellas monstruosas bestias, pues no tuvieron encuentros con ninguna de ellas. Únicamente en cierta ocasión fueron atacados por una especie de águilas de más de diez metros de envergadura, pero, luego de derribar a dos de ellas, lograron alejar a las demás sin sufrir daño alguno.

Sin embargo, encontraban a cada paso animales de todas las formas y especies imaginables, aunque de tamaños más manejables, que no les

molestaron jamás, si bien algunos de ellos se apartaron de su camino exhibiendo unas dentaduras capaces de imponer respeto a cualquier fiera salvaje de la Tierra.

—¡Es asombroso! —exclamaba Loranger a cada paso—. En este planeta se da la vida con una profusión como no creo haya ocurrido jamás en la Tierra, ni siquiera en los tiempos geológicos. Nosotros tuvimos alternativamente épocas en que predominaban unas u otras especies, unas veces los anfibios, otras los reptiles, y en la actualidad los mamíferos. Pero aquí, en cambio, todo se da mezclado y en superabundancia, e igual florecimiento se ve en unos como en otros, e incluso parecen haber especies híbridas como no sé yo que se hayan dado jamás en nuestro planeta.

Y así era, en efecto. Las formas y tamaños no estaban limitados en modo alguno, y lo mismo podía verse un animal, mamífero en apariencia, pero semejante en todo a un escorpión, como aparecía un reptil con alas de libélula.

Ya bien entrada la tarde según sus relojes, aunque en realidad, según el tiempo de Venus faltaba bastante para mediar la mañana, decidieron tomarse un corto descanso.

Phil Rayburn propuso refugiarse en una cueva de ancha entrada que quedaba a un centenar de metros, pendiente arriba del lugar por donde caminaban en aquellos momentos, tropezando en el acto con la oposición de Loranger cuando ya Duncan había dado su consentimiento.

—Pero, ¿por qué, Kurt? —protestó Janet, inconscientemente picada de que alguien que no fuera ella misma llevase la contraria a su ex novio —. Allí estaremos resguardados de esta lluvia tan fastidiosa.

—¿Recuerda los primeros habitantes de Venus que tropezamos? —preguntó a su vez el aludido—. Eran seres noctámbulos, que sienten verdadero terror por la luz, por lo que lo más seguro es que durante las horas del día estén refugiados en las profundidades de las cavernas. Y ¡ni rodeado de antorchas quisiera yo verme cara a cara con esos bichos otra vez!

—Además —medió Knight— que no serán solamente ésos los que se oculten ahí dentro. Es posible que nos encontráramos la entrada vigilada por un animalejo de esos que mataron hace unas horas a aquella docena de elefantes en una pieza.

—¿Qué docena…? —se extrañó Janet. Comprendiendo que se refería a aquel monstruoso ser que tan bravamente se había defendido del ataque de los dos carnívoros, sonrió—. ¡Ah, ya!

Finalmente optaron por una solución intermedia: acogerse al abrigo de una pequeña cornisa saliente, en la que apenas cabían todos ellos de pie.

Luego continuaron la fatigosa marcha, ya repuestas en parte las

fuerzas.

—¿Qué dicen del helicóptero, señor? —preguntó Rayburn—. ¿Cuándo vamos a poder disponer de él?

Duncan se le quedó mirando torvamente.

—Será difícil antes de que amanezca de nuevo —repuso al cabo de unos momentos—. La marea ha cubierto la playa y calculan que será imposible que el *Alcyon* tome tierra más de una vez antes de que caiga la noche.

—¿Cuántos viajes llevaba hechos con piezas para el montaje?

—Dos, solamente. A plena carga serían necesarios otros dos, por lo menos.

—¿Han logrado dejar al *Ares* fuera del alcance de las aguas? —intervino Loranger.

—Sí, aunque han tenido que penetrar muy profundamente en el desfiladero. La marea ha subido lo menos doce metros.

—¡Qué barbaridad! —dijo Knight.

—Lo que yo quería proponeros, muchachos, en vista de las circunstancias, es: ¿seguimos adelante, arriesgándonos a que la noche nos encuentre sin protección, o volvemos atrás?

Todos se detuvieron, formando corro. Phil habló, expresando la que creía ser opinión unánime del grupo.

—Supongo que ya sabe que esa pregunta es ociosa, coronel.

Duncan, que desde su discusión con el joven, pasaba por momentos de recelo alternados con otros en que renacía la antigua ilimitada confianza en él, le miró suspicazmente.

—No te entiendo, Phil…

—Creo que está bien claro —le cortó con sequedad—. Nadie de los que formamos parte de este grupo estaría en Venus ahora, a no ser por la amistad que nos une con su hijo, y el ferviente deseo de encontrarle. Incluso yo, sigo considerándome su mejor amigo pese a que hay personas que opinan lo contrario, por una idea equivocada.

El coronel movió desazonadamente los pies.

—¡Por favor, Phil! —su voz era suplicante.

—No tema, coronel. Ya le dije el otro día… anoche, si hemos de ceñirnos al calendario venusiano, que… —carraspeó ligeramente— ¡bien, ya lo sabe usted!

Duncan recuperó la tranquilidad con aquellas palabras, y pareció olvidar sus temores. Volvió a lo que se estaba discutiendo.

—Sigo, pues, sin comprender a dónde van a parar esas manifestaciones de amistad hacia Mack. Estoy demasiado seguro de que es así para que tratéis de recordármelo.

—Pues ya tiene la respuesta a su pregunta. Pero, si quiere, se lo diré sin rodeos: ¡seguimos adelante, pase lo que pase!

Capítulo V

DOS días de marcha.

Terrestres, desde luego, o sea que aún no había caído la oscuridad sobre ellos, ni caería hasta transcurridas otras veinticuatro horas.

Acababan de hacer un alto, calados hasta los huesos por la intermitente lluvia.

No es que no llevaran protección contra ella, pero consistía en unos ligeros trajes, impermeables incluso al aire, por lo que se veían imposibilitados de utilizarlos en medio del bochornoso calor ambiente. Los hombres y la muchacha ceñían unos simples *shorts*, y Janet llevaba, además, una blusa totalmente destrozada, que había tenido que ser sustituida últimamente por un chaquetón, parte de uno de los trajes impermeables.

—Aquí dormiremos esta *noche* —dijo el coronel—. No parece mal sitio.

En realidad ni era mejor ni peor que cualquier otro que hubieran podido elegir. Pero había que conformarse, y Duncan trataba así de sugestionar a los demás.

Phil se le aproximó en busca de órdenes.

—Ya sabes lo que hay que hacer —dijo brevemente Duncan—. Dejo en tus manos el organizar el campamento.

—De acuerdo, señor —dando media vuelta comenzó a dar órdenes a derecha e izquierda.

—¡Dave! Extiende ese paracaídas por encima de esta roca —se trataba de una especie de monolito que podía servir perfectamente como poste central de la amplia tienda de campaña—. ¡Meteos dentro inmediatamente los que no tengáis nada que hacer! Tú, Kurt, y usted, Asimuro: den un rodeo ¡sin perder de vista el campamento! Es posible que haya algo de interés por los alrededores.

—De acuerdo, muchacho —dijo el alemán. Y seguido por el pequeño japonés salió, como tenía por costumbre, a dar una vuelta en busca de algo que pudiera proporcionarle datos para su informe sobre las condiciones de vida en el planeta, o posibilidad de explotaciones minerales.

—¿Qué vas a hacer tú, Phil? —preguntó Duncan—. Debías descansar un poco; has llevado durante varias horas, por turnos, el equipaje de Janet y el mío, además del tuyo, y debes estar molido.

—No lo crea, señor —repuso sonriente—. Me encuentro como si no

hubiera dado un paso en varias horas, y voy a hacer un poco de alpinismo.

—¿Alpinismo? —se extrañó Duncan.

—¡Sí. ¿No ha observado que desde hace varias horas, el terreno desciende paulatinamente?

—En efecto, me ha parecido notarlo. Pero no estaba totalmente cierto porque ya sabes que lo mismo subimos que bajamos…

—Pero las bajadas han sido últimamente más prolongadas que los ascensos. Tengo intención de subir hasta ese pico de ahí cerca —señaló con el dedo a una especie de aguja rocosa que se elevaba a unos centenares de metros de distancia.

—Puede ser peligroso, Phil. Las laderas están muy empinadas, casi verticales —fijó la mirada unos momentos para asegurarse de lo que decía—. Sí, seguro. Además, el musgo y esta maldita lluvia deben haber puesto aquello tan resbaladizo como el jabón.

No acababa de atreverse a darle órdenes, tratando de disuadirle con simples reflexiones acerca del peligro que pudiera correr. Rayburn no se dio por enterado y se puso en marcha inmediatamente.

Estaba realmente cansado. Al pasar a corta distancia de donde Loranger y Tamoto permanecían inclinados sobre el suelo, estudiando algo que les llamara la atención, apenas se sintió con fuerzas para levantar el brazo en muda salutación.

Siguió pendiente arriba, tratando de olvidar su agotamiento. Realmente aquello estaba muy resbaladizo, y tal vez Duncan tuviera razón. Además, ¿no estaba demostrado que Venus era un planeta escabroso, cuyas únicas superficies llanas eran las aguas de los mares y lagos?

—Descansaré unos instantes.

Tendiendo la mirada en derredor, se sentó sobre una peña, teniendo a sus espaldas un liso muro pétreo, primera fase de lo que podía considerarse la verdadera ascensión hasta la cumbre de su objetivo.

Le era perfectamente visible la tienda de campaña, ya montada con el paracaídas. Knight, cumplida su misión, se aproximaba a Loranger y Tamoto, posiblemente para indicarles que el café ya estaba terminando de prepararse y era hora de regresar.

Phil extrajo su pitillera impermeable, realizando verdaderas acrobacias para encender un cigarrillo ocultándolo con su cuerpo a la fina lluvia. Con gran placer exhaló la primera bocanada de humo… y estuvo a punto de atragantarse con la segunda.

¡Frente a él no parecía haber nada! El abrupto terreno finalizaba bruscamente a pocos pasos de distancia, y más allá todo quedaba oculto por la neblina formada por la lluvia. Claro indicio de que un abismo se abría casi a sus mismos pies.

Si delante de él habían montañas, debía ser a considerable distancia.

Apoyándose en su inseparable rifle, dio unos pasos hasta asomarse al borde del precipicio.

No era muy alta la pared vertical; apenas dos o tres metros; luego venía una sucesión de cornisas formando una a modo de gigantesca escalinata irregular, y finalmente los desprendimientos y arrastres desde lo alto de la montaña en que se encontraba, habían formado una pendiente no demasiado pronunciada.

Más allá, hasta donde alcanzaba su escasa visibilidad, se extendía una ondulante llanura cubierta de espesísima selva.

¡Habían logrado atravesar la zona montañosa!

Dio una ojeada a sus espaldas. Sus amigos estaban penetrando en estos momentos bajo la protección del paracaídas extendido por Dave Knight.

Phil Rayburn vaciló unos segundos. ¿Qué haría? De estar vivos Mack Duncan y Mikhail Leontiev, era seguro que se habrían refugiado en aquel valle o, al menos, habrían pasado por él. No tenía ni idea de los motivos que pudieron impulsarles a abandonar el *Ares* para aventurarse en las escabrosidades del desconocido planeta, pero aquellas huellas en la arena, cerca del aparato, eran lo suficiente expresivas y abrían puerta a la esperanza de encontrarles con vida.

El misterio de su desaparición se explicaría más tarde… cuando los encontraran.

¿Qué hacer? El regreso al campamento supondría explicaciones sobre lo visto, y Duncan no se resignaría al descanso teniendo tan cerca una posible explicación… quizá su hijo en persona. Por otra parte, estaban todos derrengados por las duras jornadas anteriores.

Un nuevo vistazo acabó de convencerle: ¡Mack Duncan estaba allí mismo! O tal vez fuera Leontiev.

La distancia era demasiado grande para permitirle identificar las facciones del hombre que, semidesnudo, estaba trepando hacia un lugar distante algunos centenares de metros a su izquierda. La crecida barba hacía aún más difícil el decidir sobre su personalidad.

Era un individuo corpulento, e iba armado de un largo garrote aguzado en un extremo. La anchura de sus hombros y el color claro del largo cabello podían corresponder lo mismo a uno que a otro de sus dos amigos.

Sin pensarlo ya más, Phil se lanzó de un salto sobre la cornisa que tenía debajo mismo. Una corta carrera y un nuevo salto. Estaba demasiado lejos para que el fuerte viento reinante permitiera oír las voces, y por ello se reservó el aliento hasta aproximarse más.

De pronto le perdió de vista detrás de un amontonamiento de peñascos.

Era igual. Le saldría al encuentro. Siguió bajando.

¡Diablos! ¿Es que le iba a ser imposible seguir aquella dirección? La cornisa por donde corría quedaba cortada bruscamente y tuvo que volver sobre sus pasos para encontrar un sitio a propósito.

De repente, cuando suponía al otro cerca de un kilómetro de distancia, le tuvo a cincuenta metros… y su situación no era nada agradable.

Una especie de iguana, de horrible aspecto, tenía acorralado al hombre de la lanza. El animal mediría sus buenos tres metros de largo, un tamaño no demasiado grande para lo corriente en Venus, pero no dejaba de ser un enemigo lo bastante poderoso para despedazar al infeliz.

El hombre, con la espalda apoyada contra un muro pétreo, presentaba al lagarto la aguzada punta de la lanza, y en sus ojos se reflejaba la desesperación. La bestia, segura de que la presa no iba a escapársele, avanzaba cautelosamente, con el blanco abdomen casi pegado al suelo, la bífida lengua asomando y ocultándose en nerviosos movimientos. Unos pasos más y estaría dispuesta a saltar en cuanto llegase al extremo de la roca sobre la que se estaba deslizando.

Rayburn corrió desesperadamente, gritando y tratando por todos los medios de distraer la atención del reptil. Pero ninguno de los dos desvió una sola milésima de segundo su atención del otro. Era demasiado lo que se jugaban: uno el desayuno; el otro, la vida.

Finalmente Phil se encontró donde quería: encima mismo del hombre acorralado, a tres metros sobre su cabeza.

El rifle apuntó a uno de los grandes ojos de la iguana, cuando ya había llegado al borde del peñasco. Los cuatro metros que separaban al arma de su presa hacían imposible el fallo. Apretó el gatillo.

La bala explosiva hizo volar el ojo elegido como blanco. Un negro agujero ocupó su lugar y la bestia, con un último impulso nervioso, saltó, quedando ensartada en la lanza y derribando a su presunta víctima, cuando todo rastro de vida había desaparecido de su cuerpo.

Los dos quedaron en el suelo. El hombre se puso en pie de un salto, sorprendido de que su arma hubiera matado tan instantáneamente al animal. La emoción del momento le había impedido oír el disparo.

—He llegado a tiempo, ¿eh? —dijo Rayburn en voz alta.

El otro volvió la cabeza hacia arriba… y en aquel momento penetró en el pequeño calvero, a toda velocidad, una figura cuyos detalles apenas eran visibles dado lo centelleante de su marcha: la pareja de la iguana muerta.

El choque fue espantoso. El hombre rubio salió despedido a cinco metros de distancia, dando violentamente contra un espeso matorral que amortiguó algo su batacazo, aunque sin impedir que quedase colgando

de sus ramas, malherido, como un guiñapo, con todo el cuerpo lleno de arañazos y alguna fractura de huesos.

La iguana se revolvió luego de dar dos o tres vueltas sobre sí misma, y se lanzó nuevamente al ataque. Phil Rayburn hizo dos disparos en rápida sucesión, acertando con uno de ellos en una pata delantera, con lo que le hizo perder el equilibrio, pero sin impedir finalmente que cayera sobre el hombre inconsciente. La enorme bocaza se abrió.

Phil repitió su hazaña anterior, esta vez metiéndole el proyectil en la garganta cuando se empinaba sobre las patas traseras para alcanzar al infeliz que había quedado a un par de metros del suelo. El basilisco empezó a agitarse y saltar, dando unos tremendos coletazos que destrozaban cuanto se ponía a su alcance. Pero ya era inofensivo de un modo consciente, y podía considerársele muerto.

Sin embargo no convenía ponerse a tiro de alguna de aquellas terribles convulsiones agónicas: hubiera sido el fin de quien resultara alcanzado.

Con el corazón en la garganta, Rayburn se aproximó hacia donde el otro permanecía en precario equilibrio, amenazando con caer desde la altura de un momento a otro.

¿Quien serla? ¿Mack o Mikhail? ¿Habría logrado encontrar a uno de sus dos amigos, solamente para presenciar cómo sufría una horrible muerte?

Desde el borde de la roca alargó el brazo hacia abajo: no alcanzaba. Con nerviosos movimientos, desprendió el portafusil de su rifle, y sujetándolo a una roca, se descolgó por él.

El hombre pesaba bastante aun contando con la gravedad ligeramente inferior a la de la Tierra. Por fin, tras ímprobos esfuerzos, le tuvo arriba, y soltó una exclamación de infinita sorpresa.

¡No era ninguno de sus dos amigos! Se trataba de un completo desconocido para él.

Abrumado por lo extraordinario de su hallazgo, se quedó contemplando aquel rostro que jamás en su vida viera antes. El hombre abrió los ojos, lanzando un quejido, y Phil pensó que, puesto que había logrado librarle del ataque de las iguanas, lo menos que podía hacer era ayudarle en lo posible.

Estaba totalmente magullado, y debía tener fracturadas algunas costillas, pero por lo demás no parecía encontrarse en peligro inminente de muerte.

—¿Amigo… Mike? —habló el herido con voz ronca y horrible acento. Phil pensó que se debía a una casualidad la coincidencia de sonidos, y que sus palabras significaban algo totalmente distinto a lo que él había entendido.

Pero inclinó la cabeza en sentido afirmativo: *Mike* podía ser muy

bien Mikhail Leontiev. Y en aquel momento le vino a la mente que en la arenosa playa habían visto, junto a las huellas de botas, otras de unos pies descalzos… como los de aquel hombre.

—¡Sí! —dijo anhelante—. ¡Amigo de Mike! ¿Dónde está?

—Allá —señaló hacia el fondo del valle.

—¿Puedes llevarme?

El hombre asintió con la cabeza, y trató de ponerse de pie.

Rayburn tuvo que ayudarle, pues se veía bien a las claras que sufría intensos dolores, y juntos emprendieron el descenso.

* * *

—Está tardando mucho.

Nadie hizo comentario alguno a estas palabras de Janet, ya que sabían de sobra a quién se referían.

Duncan se levantó de sobre la húmeda piedra que le servía de apoyo.

—Voy a subir en su busca.

—¡De ninguna forma, señor! —opuso Knight—. Usted descanse, que buena falta le hace. Subiré yo.

—Te acompaño, Dave —ofreció Loranger.

—Vamos.

Tamoto; el coronel y Janet Duncan se asomaron un momento a la abertura que oficiaba de puerta de la tienda, viéndoles alejarse pendiente arriba.

Ya se disponían a regresar al resguardado interior, cuando vieron a Kurt, que se descolgaba rápidamente el rifle, poniéndolo en posición de tiro.

Demasiado tarde. Una agilísima figura saltó de detrás de una roca, abalanzándose sobre él, y ambos se enzarzaron en una lucha a brazo partido, mientras Knight, con su rifle enarbolado, buscaba un intersticio apropiado para conectar un mazazo.

—¡Corramos en su ayuda! —urgió Tamoto, entregándoles sus rifles a los otros dos.

Varios individuos más se habían sumado a la lucha y los dos terrestres estaban llevando la peor parte. Un tremendo golpe con un instrumento, que a aquella distancia no pudieron ver bien, daba por tierra con Loranger, que tenía caídos ya a sus pies a dos de los atacantes.

Pero poco pudieron hacer los de abajo, pues apenas dados dos pasos en dirección a la escena del combate, se vieron sumergidos bajo una avalancha de cuerpos escamosos que los tuvieron inmovilizados en cuestión de segundos: aquellos individuos eran muy fuertes.

En medio de un completo silencio les ataron fuertemente las manos a

la espalda, y esperaron a que el grupo que peleaba con Knight terminase con él, cosa que lograron en pocos momentos.

Dunan y Tamoto los observaron con curiosidad. Salvo ligeras variaciones anatómicas que les permitían caminar erguidos, y el tamaño algo menor que el de un hombre, aquellos individuos hubieran podido pasar por ranas comunes en la Tierra.

—Son anfibios, no cabe duda —comentó Tamoto—. Fíjese en los pies palmeados, coronel; perfectamente aptos para la natación.

—No me extraña en este planeta. Lo raro es que existan en él seres exclusivamente terrestres, con la cantidad de agua que hay por todas partes.

—Pues su facilidad de movimientos también difiere bastante de la de las ranas a que se parecen —dijo Janet, hablando por primera vez desde que les capturasen. Se le notaba un ligero temblor en la voz.

—En efecto, están mucho mejor adaptados para la vida en tierra que los batracios terrestres. ¿Serán capaces de saltar tanto como aquéllos?

Iban armados todos con una especie de cachiporras de madera, que llevaban atadas con una tira de cuero a la muñeca. Sus bocas enormes se abrían y cerraban continuamente, aunque no salía de ellas ningún sonido que pudiera parecerse, ni de lejos, a la conversación. Sin embargo, a juzgar por sus acciones, no había duda de que se comunicaban entre sí.

Reunidos ya con los que llevaban los cuerpos exánimes de Loranger y Knight, emprendieron la marcha. El campamento quedó allí, intacto. Al parecer lo único que les interesaba eran los terrestres y no sentían curiosidad alguna por sus pertenencias.

—¿Y Phil? ¿Le habrán cogido? —preguntó Janet, con una ansiedad que hubiera alegrado al interesado.

—No lo creo —dijo Tamoto—. El amigo Rayburn estaba muy lejos cuando nos atacaron. De haberle capturado antes que a nosotros, le hubieran traído aquí.

Cinco minutos después ya no hubieran podido decir ninguno de los prisioneros si el rumbo que seguían era el mismo que hasta entonces o, por el contrario, marchaban en dirección opuesta.

Capítulo VI

EL escasísimo conocimiento del inglés, si es que poseía alguno, del hombre a quien acababa de salvar la vida, estaba impidiendo toda conversación entre ellos.

Phil Rayburn le había formulado algunas preguntas, a las que contestara únicamente con monosílabos. Al cabo de media hora de infructuosas tentativas, lo único que pudo averiguar fue que su nombre era algo así como Wassa.

De improviso, cuando el terrestre no había tenido ocasión de percatarse de su proximidad, se encontraron en un estrecho anfiteatro, en uno de cuyos lados, a cierta altura sobre el suelo, se abría la angosta boca de una caverna.

Wassa dio una estentórea voz, y en el acto se encontraron rodeados por media docena de hombres y mujeres que intercambiaban rápidas palabras con él mientras dirigían curiosas miradas, no exentas de admiración, a Rayburn.

Entre dos de los hombres subieron a Wassa por una especie de escalera practicada con estacas clavadas en el muro de piedra, mientras hacían señas a Phil para que les siguiera.

El terrestre obedeció, no muy seguro de que aquello fuese lo que más le convenía. Tenía cierta aprensión a introducirse en lugares oscuros, luego de la desagradable experiencia con los pequeños *monos* noctámbulos.

Uno fuertes brazos le ayudaron a subir los dos últimos peldaños.

—¡Phil Rayburn! —gritó emocionadísimo un hombre, abrazándole con todas sus fuerzas. Un profundo sollozo de alegría se escapó de su pecho.

—¡Mike! ¡Mikhail Leontiev!

—Creí que no volvería a verte nunca más, Phil —tomándole de un brazo le arrastró hasta el fondo de un departamento lateral de la caverna, que estaba bastante bien iluminada con antorchas—. Ven conmigo, amigo mío! ¡Oh, cómo he deseado este momento!

—¿Y Mack? ¿Qué ha sido de él?

Una mirada de profundo dolor fue la única respuesta que obtuvo de momento.

—¿Tienes un cigarrillo? Llevo siglos sin probar el tabaco… —imploró Leontiev. Aparte de su crecida barba rubia, su aspecto no era malo.

Rayburn extrajo su pitillera impermeable, observando que solamente le quedaban media docena de cigarrillos. ¡Bien! Eso tenía poca importancia al lado de haber encontrado a Leontiev…

Repitió su pregunta.

—No está aquí, Phil…

—¿Ha… —vaciló, no atreviéndose a preguntar directamente— le ha ocurrido algo?

—No lo sé con certeza.

Rayburn comenzó a impacientarse ante las evasivas del otro.

—¡Pero, hombre de Dios! ¡Acaba de una vez! ¿Qué le ha ocurrido a Mack Duncan?

—¡Es que no lo sé cierto, Phil! ¡De verdad! Es una cosa bastante larga de contar…

—De acuerdo. Ya me lo dirás por el camino.

—¿Por el camino? ¿Es que no vamos a esperar aquí a que vengan por nosotros?

—Sí, desde luego —Rayburn observó en él, al hacer la pregunta, un pánico instintivo a que la noche los alcanzara al aire libre, sin protección—. Pero hemos de salir en busca de los amigos que han venido conmigo. El campamento está cerca de aquí.

—¡Vamos inmediatamente! ¡Wassa! —el venusiano se levantó de su camastro, donde le estaban atendiendo varios hombres, pero unas palabras de Leontiev en su idioma le hicieron volver a su lecho—. Había olvidado que Wassa está herido.

Se levantaron ambos, aproximándose a donde yacía Wassa, y Leontiev habló brevemente con otro hombre. Este salió disparado hacia el exterior.

—¡Vamonos cuando quieras, Phil! ¡Wassa está en buenas manos!

Abajo les esperaban ya media docena de aquellos musculosos individuos, y con toda la rapidez que les permitía lo escabroso del camino, se pusieron en marcha.

Apenas cruzaban palabra, reservando todo el aliento para la dura ascensión, y en media hora estuvieron en el sitio donde las iguanas habían acometido a Wassa.

—¡Ahí arriba es! —señaló Phil.

Pero cuando esperaba ver la tela extendida del paracaídas que les servía de refugio, no se presentó a su vista otra cosa que rocas por todas partes.

—¿Me habré confundido? —se preguntó. Pero no. Allí mismo, entre sus pies, estaba el resto del cigarrillo que arrojó al emprender el descenso para salir al encuentro de Wassa.

—¿Dónde están, Phil? —preguntó Leontiev.

—Juraría que Dave Knight extendió un paracaídas sobre aquella roca

delgada del fondo —murmuró, señalando—. ¡Pero no se ve ni rastro!

—¡Tain! —aulló Leontiev. Un chaparrón de rápidas palabras, incomprensibles para Rayburn, escapó de sus labios. El hombre a quien se dirigían echó a correr en la dirección indicada, seguido de otros dos.

Los demás les siguieron más despacio, aunque todo lo aprisa que podía Rayburn, quien se maravillaba de la velocidad de los venusianos que, con sus pies descalzos, parecían volar sobre las rocas y el terreno resbaladizo.

—Indudablemente han estado aquí. Tain dice que, cuando ellos llegaron, se observaban señales de lucha, muy recientes. Han sufrido un ataque de los *landis*, que deben haberlos capturado a todos. ¿Quiénes eran?

Rayburn se lo dijo.

—Pues… quizá el coronel Duncan y su hija vayan a reunirse con Mack, en fin de cuentas. A él también le aprisionaron los *landis*.

—¿Quién son esos *landis*?

—Unos individuos, muy semejantes a ranas, aunque de mayor tamaño. Son seres de costumbres acuáticas, y viven muy lejos de aquí. Pero de vez en cuando se desplazan hasta este territorio, siempre con el mismo objetivo: el secuestro de seres humanos.

—¿Para comérselos? —la palabra se le atragantó a Phil, que ya veía a Janet despedazada por uno de aquellos monstruos.

—No lo creo. En cierta ocasión pudimos capturar uno. Carecen de verdaderos dientes, y su único alimento consiste en pequeños seres semejantes a las ratas terrestres en el tamaño, o aún menores, y tallos tiernos de plantas. Son omnívoros, pero incapaces de comer nada que no esté perfectamente vivo al llevárselo a la boca; lo han de matar aplastándolo entre sus poderosas mandíbulas.

—¿Qué hacemos, Mikhail? Tú conoces esto mejor que yo. Sea cual fuere el destino que piensan darles esos *landis,* lo seguro es que si no los rescatamos nos va a ser difícil verles de nuevo.

—Traté de seguirles cuando secuestraron a Mack. Y lo único que conseguí fue que me mataran a dos hombres y capturasen a otros tres. Wassa, Tain y yo escapamos de milagro. Avisa al resto de la expedición que manden refuerzos.

—¿Con qué quieres que les avise? ¿A gritos? Están montando un helicóptero, que no podrá llegar aquí antes de que vuelva a amanecer. ¡Y nuestra radio estaba en el campamento! ¿Por qué se habrán llevado todas nuestras pertenencias?

Leontiev se encogió de hombros.

—Tú dirás lo que se hace, Phil. Mi consejo es esperar.

—¡Esperar! ¡Espera tú, si quieres! Yo me marcho… solo, si es preciso.

Era inútil hacerle reflexiones, ni tratar de detenerle. Leontiev lo

comprendió así.

Volviéndose hacia el llamado Tain, le habló rápidamente en aquella endiablada jerga. El hombre emprendió el ascenso a la carrera, luego de un leve gesto afirmativo.

—Cuando quieras, Phil. Estamos dispuestos.

Sorprendido ante aquel cambio de actitud, Rayburn abrió la boca para decir algo. Vaciló un segundo y, finalmente, habló:

—¿Saben seguir la pista de los *landis* alguno de tus hombres?

—Como un piel roja. Pero al cabo de dos horas resulta totalmente imposible. No obstante, nosotros sabemos a donde se dirigen de momento, y los atajará Tain.

El camino no era tan penoso ahora, y Phil se congratulaba de ello, ya que estaba totalmente derrengado.

—¿Cómo ha sido convertirte en jefe de esta tribu? —preguntó.

—Fue nada más llegar. ¿Recuerdas que te dije que salía en seguimiento de Mack? Pues le encontré, convertido en un verdadero héroe, en medio de una docena de gigantones rubios. Les había librado de morir aplastados bajo la mole de un bicho gigantesco.

»Pero a nuestro regreso, la marea había cubierto ya al *Ares* y nos fue imposible refugiarnos en él. Seguimos a aquellos individuos, que vivían en las peores condiciones imaginables, en chozas comunales de ramas y barro, en medio de una espantosa humedad… procurando alejarse por todos los medios del terreno montañoso en la noche.

—Así se explica que no contestarais a nuestras llamadas. Os dimos por muertos y regresamos a la Tierra.

—Es lo que nos figuramos nosotros. Por ello, nuestros esfuerzos en adelante se encaminaron únicamente a poner en funcionamiento la parte eléctrica del *Ares*, dañada por las aguas. Pero tuvimos que convencernos finalmente de la banalidad de nuestros esfuerzos.

»Nuestra intención era dejar una nota con un plano, indicando dónde estábamos, pero jamás creímos que vinierais tan pronto.

—Lo cierto es —sonrió con amargura Rayburn— que hemos dado contigo… Pero a cambio de perder a cuatro compañeros más, sin contar al pobre Raoul, que murió a manos de esa especie de híbridos de gato salvaje, mono y saco de carbón, ciegos, de que gozáis por aquí.

Durante unos minutos, Leontiev caminó en silencio, con la cabeza inclinada. Finalmente miró a Phil con decisión.

—La culpa es mía en gran parte. Me pesa en la conciencia todo lo ocurrido por no cumplir fielmente mi deber.

—¡No te atormentes, Mike! ¡Si te refieres a haber dejado solo al *Ares*, ése fue simplemente uno de los detalles! Antes que tú pecó Mack, alejándose más de lo prudente… Y, si encadenas las circunstancias, resulta que el culpable principal soy yo,

—¿Tú? —se asombró Leontiev—. ¿Por qué? Desde el principio al final fuiste arrastrado por las circunstancias. ¡Nadie puede achacarte la pérdida de dos hombres! ¡Los únicos culpables fuimos nosotros!

—Por eso te digo que no te martirices, muchacho. La opinión de Janet Duncan es que, por mi culpa, tal vez haya perdido a su hermano… Y lo gracioso del caso es que su propio padre me ha convencido para que no se lo niegue.

—¿El Viejo ha hecho eso? —Mikhail estaba rojo de indignación—. ¡Si llego a encontrármelo alguna vez, te juro que…! ¿Y tú lo has tolerado?

—¿Qué remedio? Sabes que de siempre he sentido especial debilidad por los Duncan. Mack, Janet y el Viejo son, prácticamente, toda mi familia, aunque no me una parentesco alguno con ellos.

—Sí, lo sé. Pero llegar a ese extremo… Supongo que Janet no querrá saber nada de ti.

—Eso es, precisamente, lo que ocurre. A efectos prácticos he perdido al único padre y hermanos que he conocido… y, de rechazo, la novia. Solamente me quedáis vosotros, el *gang*. Y del único que estoy cierto que viva eres tú.

—¿Cómo es eso? —se asombró Leontiev—. ¿Qué ha sido de los otros?

—Haz la cuenta: Mack ha desaparecido; Raoul murió. Y la partida que andamos buscando está compuesta nada menos que por el Viejo, Janet, Dave, Kurt y Tamoto. ¿Falta alguien?

—Moshe…

—Ese es el único. Le tenemos de piloto en el *Alcyon*. Pero sabes que con Moshe nunca hicimos demasiado buenas migas. Simplemente nos limitamos a tolerarle, y él a nosotros. Es un buen amigo y nada más.

—¡El *gang internacional*, nos llamaban en la Base! ¡Y sólo quedamos tú y yo!

—Precisamente. ¡Y tengo la intención de quedarme en Venus si no consigo sacar a todos los que puedan estar vivos aún!

—Cuenta conmigo para eso, Phil. No sabría empezar a vivir de nuevo sin vosotros.

Aunque Leontiev parecía no sentir entusiasmo alguno, Rayburn le conocía bien para saber que sentía una ansiedad al menos igual que la suya.

Siguieron la marcha en silencio. Poco después se les unía un grupo de veinte hombres, comandados por Wassa, al que tenían que llevar en unas rústicas parihuelas.

Leontiev le increpó duramente, pero no pudo lograr que se volviera, y los argumentos que el hombre le presentó eran bastante convincentes:

—Dentro de dos días estaré bien. Y falta mucho más para que

tengamos que pelear.

La marcha era agotadora. Finalmente las sombras del largo anochecer empezaron a hacerse sentir. Los hombres miraban recelosamente a un lado y otro.

—Habremos de buscar refugio, Phil. Lo siento, pero por la noche es imposible caminar.

Pese a su impaciencia, Rayburn no tuvo más remedio que tascar el freno. Pudo ver algo en extremo interesante.

—Fue idea de Mack y mía —explicó Leontiev con orgullo—. Era la única forma a nuestro alcance de que estos pobres muchachos dispusieran de un refugio seguro y al mismo tiempo de un medio para hacer frente a sus más terribles enemigos: los *azih*.

—Supongo que te refieres a esos bichos de que te he hablado antes, ¿no?

Mikhail sonrió afirmativamente. Estaban ante una abertura en la roca, que únicamente permitiría, con ciertas estrecheces, el paso de un hombre.

—Hemos elegido esta cueva como refugio. Los muchachos ya la conocen de otras ocasiones. No es muy grande, pero bastará. Sin embargo, hay que desalojar a los inquilinos que contiene.

—¿De qué manera?

—Sencillísimo. Ahora verás.

Los hombres estaban extrayendo unos palos de una especie de mochilas que llevaban a la espalda. Cada palo de aquellos mediría cerca de un metro de largo, y en su extremo llevaba adosada una bola de una materia grasa, fácilmente combustible sin humo.

Prendieron fuego a dos de aquellas antorchas, y Tain y otro compañero penetraron en el angosto pasadizo, seguidos de casi todos los demás, con las lanzas preparadas.

Phil no pudo resistir la curiosidad de ver lo que ocurría allí dentro, y dejando su rifle en manos de Leontiev, tomó la lanza de uno de los que se quedaban.

El pasaje se prolongaba apenas un par de metros antes de desembocar en una amplia cavidad de cuatro o cinco metros de ancho por algo más de profundidad. El techo quedaba bastante alto.

Al pronto, Phil no pudo ver nada de particular. Luego, uno de los hombres se aproximó con la lanza levantada y descargó un fuerte golpe contra las sombras de un rincón. Un agudo chillido de agonía salió de allí, y algo negro se debatió furiosamente, arañando y mordiendo al largo aguijón que le quitaba la vida.

Los demás se distribuyeron por todos los rincones alanceando a los *azih*. Rayburn, ligeramente asqueado ante aquella horrible matanza, y comprendiendo que su concurso no era demasiado necesario, levantó la

vista al techo.

Dos de aquellas negras bestias permanecían asidas a sendas estalactitas colgantes de la bóveda, e instintivamente Phil pinchó a una de ellas con su lanza.

Pero, bien porque el golpe no llevara la suficiente fuerza, o porque resbalara en el duro pellejo negro, apenas le causó otra cosa que una herida superficial.

Al segundo siguiente se encontraba luchando a brazo partido con aquel engendro aterrorizado por la luz, y pese a la diferencia de tamaño entre ambos, pasó sus apuros por apartar de su garganta aquellas afiladísimas garras y dientes.

Afortunadamente para él, cuando ya tenía el pecho cubierto de profundos arañazos, uno de los trogloditas acertó a ensartar al *azih*, apartándole del terrestre.

Breves segundos después, la caverna, limpia de todo resto de aquellos repugnantes animales, se acomodaban en su seco interior. Varias piedras de buen tamaño, hábilmente amontonadas ante la puerta, sirvieron para aislarles del exterior.

—Ahora, a tener paciencia —dijo Leontiev—. Llevamos agua y provisiones suficientes para estos tres días, además de que los muchachos se los pasarán durmiendo casi íntegramente. Tú y yo tenemos demasiado de qué hablar para no aprovecharlos en ello.

* * *

—Ya empieza a amanecer, Phil —comunicó Leontiev, luego de escuchar unas breves palabras de uno de sus hombres que había estado asomado a los intersticios de las rocas que cubrían la entrada.

—¡Pues, vámonos! ¿Qué esperamos?

—Nada, muchacho, nada, Pero creo que será conveniente comer algo antes. Hoy llegamos a las primeras estribaciones de las montañas, y nos conviene hacer los menos altos posibles. Este trozo de selva es bastante peligroso.

Tascando el freno de su impaciencia, Rayburn consintió en la pequeña demora.

Acabado el pequeño refrigerio, cargaron cada cual con su respectivo equipo. Pero apenas asomó el primero de los hombres al exterior, retrocedió, empujando a los que le seguían, susurrando palabras de alarma.

—¡Nos han descubierto! —barbotó Leontiev—. ¿Cómo es posible que hayan localizado nuestro paradero tan pronto?

—¿Qué hay ahí fuera? —preguntó Rayburn, que no había entendido una sola palabra de las pronunciadas por el venusiano.

—¡Los *landis*! Lo menos son cincuenta.

—Pues estamos en una ratonera. ¿Cómo salimos?

Nadie contestó a esta pregunta, porque todos sabían la misma contestación: muertos o prisioneros de los *landis*.

Phil Rayburn se arrastró por el corto pasadizo hasta asomar la cabeza al aire libre.

Los hombres—rana no ponían cuidado alguno en ocultar su presencia. Sabían segura a su presa.

El terrestre apoyó la culata del rifle en su hombro y oprimió el gatillo. Uno de aquellos repugnantes seres anfibios dio una voltereta y aterrizó de cabeza sobre el fangoso suelo.

Los demás corrieron a ocultarse con centelleante rapidez, aunque no la suficiente como para impedir que Rayburn colocara sendos proyectiles en las espaldas de otros dos de ellos.

Luego desaparecieron todas las ocasiones, y una lluvia de cantos rodados cayó sobre la boca de la cueva, obligando al terrestre a retirarse precipitadamente, no sin sufrir dos fuertes pedradas. Una de ellas, en el brazo izquierdo, le hizo temer que le hubieran fracturado algún hueso.

Afortunadamente no fue así y lo único que le quedaba al cabo de un rato era un sordo dolor que casi le impedía mover la extremidad herida.

—No podemos hacer una salida porque caeríamos todos en sus manos. Ni tampoco permanecer aquí, pues acabarán por rendirnos por hambre —Leontiev movió la cabeza con pesimismo. La situación era bastante desesperanzadora.

La situación permaneció inalterable durante varias horas. Nadie de los dos bandos osaba hacer movimiento alguno, ya que el que lo hiciera se exponía a morir a manos del otro.

Uno de los venusianos que trató de alcanzar el rifle de Phil, abandonado en la entrada cuando éste fue alcanzado por las piedras, quedó inerte sobre el arma, con el cráneo partido por uno de aquellos durísimos proyectiles.

Poco después, otro que intentó la hazaña hubo de regresar con la desagradable noticia de que el rifle había desaparecido y estaba a varios pasos de distancia en el exterior, fuera del alcance de cualquiera de ellos.

—Eso es, precisamente, lo que nos faltaba. Ahora tendremos que combatir a pedradas — Phil mostraba cierto humorismo en su expresión.

Un grito del que vigilaba la puerta de la cueva hizo volver hacia allí las cabezas a todos los encerrados en la trampa. El hombre retrocedió precipitadamente, yendo a refugiarse en lo más profundo de la cavidad.

Los demás le imitaron al ver el nuevo horror que se les venía encima.

—Ahora sí que estamos perdidos —murmuro Leontiev con cierto temblor en la voz.

La espeluznante cabeza asomó por la estrecha abertura, y con pausados movimientos empezó a introducir su cuerpo de insecto.

Capítulo VII

HUBIERA podido tomársele por una libélula, solamente que miles y miles de veces mayor que lo que jamás viera antes Rayburn. Además, le faltaban las alas.

—¡Ataquémosle antes de que termine de entrar! —dijo Rayburn en voz baja. Leontiev captó la idea de su amigo, y con un breve grito lanzó a sus hombres en avalancha sobre el monstruoso insecto.

La intención de los terrestres era bloquear la entrada con el cuerpo del animal, inutilizando a éste a la vez, antes de que terminara de alcanzar el espacio amplio donde combatiría con más holgura.

Inútil empeño.

Las puntas de las lanzas resbalaban sobre el duro cascarón que le cubría por todas partes. Y cuando recurrieron á golpearlo con los astiles, lo único que consiguieron fue que se quebraran como si fuesen cañas.

El gigantesco insecto no realizó movimiento agresivo ni trató de defenderse. Prosiguió su penetración imperturbablemente hasta encontrarse en el centro de la caverna, rodeado por cerca de treinta hombres que se apretujaban por golpearle sin resultado.

Por fin se irguió sobre dos de sus tres pares de patas. En aquella posición dejaba de parecerse a una libélula, ya que carecía de la larga cola abdominal de éstas. Una especie de manos se desplegaron en los extremos del par de patas que quedaba libre, y con ellos tomó a un hombre por el brazo y a otro por el cuello.

Sin esfuerzo aparente, los levantó en el aire, arrojándolos lejos de sí. Los desgraciados gritaron de terror al verse atravesando velozmente el espacio, y el alarido de uno de ellos se cortó trágicamente en seco al aplastarse su cabeza contra la pared de roca,

Y en aquel momento, cuando mayor era la confusión reinante en el interior de la caverna, Phil se sintió cogido por la espalda. Unas fuertes manos le inmovilizaron y supo que un nuevo factor había intervenido en la contienda,

Aprovechando la distracción de las huestes de Leontiev, los *landis* habían penetrado hasta allí y la superioridad numérica terminó la obra empezada por la libélula.

Dos minutos más tarde, una veintena de seres humanos salían al exterior, fuertemente atados.

Sin embargo, Phil Rayburn aún tuvo la relativa satisfacción, en los postreros instantes de la lucha, de ver cómo, resentida por los incesantes

golpes, o porque el último de ellos la alcanzara en algún punto clave, la cabeza del insecto gigante rodaba por el suelo.

Y no tuvo demasiado tiempo para asombrarse de que el cuerpo quedara inmóvil, en la misma posición que ocupaba cuando fue decapitado, sin caer a tierra como hubiera sido lo lógico.

Porque a buen paso fueron obligados a penetrar en la espesura, y una nueva sorpresa le aguardada al ver que sus captores pasaban junto a su rifle, evitando cuidadosamente el tocarlo.

Y allí quedó el arma, junto con el demás equipaje de los viajeros.

* * *

Apenas cinco minutos después de que el último hombre—rana se esfumara en el interior de la selva, un nuevo grupo de visitantes apareció en el calvero, ante la boca de la caverna.

Phil Kayburn y Leontiev se hubieran asombrado al ver que se trataba de varios negros *azih*, que se desenvolvían con soltura, sin el más mínimo temor aparente a la luz, pese a que ¡estaban en plena luz del día!

Con el casi absoluto silencio, habitual en ellos, empezaron por recoger el rifle de Rayburn. Luego penetraron en la caverna y, tras ímprobos esfuerzos, les fue posible sacar al exterior el decapitado cuerpo del insecto. Uno de ellos llevaba bajo el brazo la cabeza de la alimaña, y en pocos instantes volvieron a desaparecer, no quedando otro rastro de la pelea que los cadáveres.

Pocos centenares de metros más allá, en un pequeño claro, reposaba una esfera brillante, donde introdujeron los restos del insecto junto a otros de la misma especie, que permanecían inmóviles. Luego ellos mismos penetraron por otra abertura, cerrando tras de sí la estrecha portilla de entrada.

La esfera se elevó en el aire, desapareciendo en pocos segundos hacia la cadena montañosa que había sido el objetivo de los terrestres.

* * *

Con las manos atadas a la espalda, atacados por infinidad de insectos de todas las especies y tamaños imaginables, hundiéndose en el fangoso suelo hasta casi las rodillas a veces, la marcha era algo infernal.

Por suerte se prolongó poco, ya que dos o tres horas más tarde les obligaban a embarcar en una especie de almadía y, luego de cruzar un ancho y embarrado río, se vieron ante una esfera muy semejante, si no la misma, que utilizaron los *azih*.

Rayburn, Leontiev y dos hombres más fueron obligados a deslizarse

por la estrechísima entrada que apenas les permitía el paso. No había sitio para más y, apretados hasta lo indecible, permanecieron en la oscuridad durante lo que les pareció varias horas,

—¿Tienes idea de a donde nos llevan? —preguntó Rayburn, tratando de zafar su dolorido brazo del peso de no sabía quién.

—Ni la más mínima —respondió Mikhail—. Lo que me asombra es otra cosa: ¿De dónde han sacado este aparato, y para qué nos habrán metido en su interior?

—En eso estamos iguales. Al pronto creí que sería un horno y pensaban asarnos aquí dentro. Pero no parece ser eso.

—Tal vez se trate de alguna especie de vehículo…

—¡Imposible! ¿Tú creces que estos tipos que nos han capturado poseen bastante inteligencia para proporcionarse otros medios de transporte que sus propias piernas? ¡No digas tonterías, Mik!

—Opino lo mismo que tú. Estoy seguro de que no poseen ni la mitad de cerebro que un ratón. Pero lo cierto es que tienen almadías para cruzar un río, y esto es de un metal salido de alguna factoría.

Rayburn enmudeció, porque tampoco encontraba explicación al misterio. Lo de las almadías podía ser producto de la casualidad, pero esto…

La luz del día, penetrando por la angosta abertura que servía de entrada, le interrumpió.

—Supongo que eso quiere decir que salgamos. ¡Afuera, muchachos! —ordenó Leontiev en su idioma a los venusianos.

Pero apenas uno de ellos asomó fuera, retiró la cabeza precipitadamente, tratando de ocultarse lo más posible.

—Dice que ahí fuera está lleno de *azih* —dijo Leontiev, sorprendido.

—¿Cómo es posible en pleno día? ¿No ves la luz?

Leontiev se dirigió con duras palabras al venusiano, pero éste movió la cabeza negativamente, tratando de desplazar a su compañero que le estorbaba para ocultarse más profundamente.

—Se niega absolutamente, Phil. Habremos de salir nosotros.

Rayburn se contorsionó para moverse en el estrecho espacio de que disponían, en lo que fue ayudado por los dos venusianos. Finalmente sacó los pies por la abertura, y quedó de pie junto a la esfera.

El hombre tenía razón. A todo su alrededor, formando una especie de guardia, pero sin hacer gesto alguno hostil, podían verse más de una veintena de aquellos pequeños monos negros.

Leontiev se unió a Rayburn, contemplando el espectáculo con asombro.

—¡Si no lo viera, no lo creería! ¿Cómo es posible que éstos no sientan el terror a la luz que es habitual en los de su especie?

Con un encogimiento de hombros, Phil indicó que estaba tan

ignorante como él mismo. Los venusianos, viendo que al parecer no había allí peligro alguno, se decidieron a imitarles, y los cuatro esperaron, no atreviéndose a hacer movimiento alguno hacia los *azih*.

Era demasiado el respeto que les tenían, pese a su actual apariencia pacífica.

Estaban en medio de un amplio patio, con el suelo de tierra apisonada, y por todas partes les rodeaban altos farallones que mantenían una semipenumbra en aquel lugar, aun en pleno día.

Uno de los *azih* levantó el brazo indicando determinada dirección, y los demás se situaron formando una especie de callejón.

Los hombres entendieron perfectamente la maniobra, y obedecieron.

—No tenemos más remedio, Mik —murmuró Rayburn—. Nos tienen cogidos.

El aludido asintió lentamente.

—Tal vez así sepamos qué ha sido de Mack y los demás. Estoy convencido de que, lo mismo que a nosotros, les han traído aquí.

Flanqueados por los *azih*, marcharon hasta la negra boca de una caverna, a todas luces artificial, que se abría al pie de uno de los farallones.

—Esto tampoco puede ser obra de los *azih* ni de los *landis* —observó Leontiev—. Carecen de herramientas para ello, aunque dispusieran de la inteligencia necesaria. ¿Quién lo habrá hecho?

—Tengo la impresión de que dentro de poco nos vamos a llevar una sorpresa, Mik —dijo Rayburn—. Aquí hay algo más de lo que hayamos podido suponer.

La abertura en la pared rocosa mediría apenas dos metros de alto por otros tantos de ancho. La mitad de los *azih* penetraron delante, mientras los demás se rezagaban para cerrar la marcha. Los prisioneros, estrechamente agrupados a causa del incontenible terror de los venusianos que les obligaba a apretujarse contra los terrestres, siguieron a los primeros.

Una luz azulada, cuya procedencia no podía determinarse exactamente, se hizo de pronto. Parecía llenar una especie de cubículo en que terminaba la cueva.

Los mudos *azih* obligaron a los cautivos a penetrar en aquel departamento, y apenas lo hubieron hecho se cerraron unas puertas, dejándolos incomunicados del exterior.

Un grito de pánico escapó incontenible de los labios de los venusianos al sentir que el suelo parecía separarse de sus pies. Leontiev se vio en apuros para explicarles que se hallaban sobre un ascensor que descendía a gran velocidad, y aún no había logrado tranquilizarles totalmente cuando la caja se detuvo.

Solos ahora, los cuatro prisioneros siguieron un corredor que se abría

ante ellos. Terminaba en otra puerta, y al trasponerla se vieron en lo que parecía un inmenso taller, con multitud de máquinas de todos lo tamaños imaginables. Un centenar de hombres se afanaban en distintos trabajos: unos manejando algo semejante a sopletes eléctricos; otros, perforadoras; los de más allá, vigilando cuadros de luces, pulsando ocasionalmente un pequeño botón o subiendo o bajando alguna palanca…

Rayburn lanzo un silbido de asombro.

—¿No te he dicho que pronto nos encontraríamos con alguna sorpresa?

El silencio que reinaba en el recinto era impresionante. Nadie hablaba ni miraba a otra cosa que su respectivo trabajo. Varios *landis*, de los más corpulentos que Rayburn había visto hasta ahora, paseaban de un lado a otro, provistos de aguzados bastones metálicos, con los que pinchaban a los que parecían distraerse.

Un hombre—rana dejó sus paseos al ver a los recién llegados, aproximándose a una puerta lateral.

Instantes después, un hombre hacía su aparición por aquella puerta.

—¡Mack Duncan! —exclamó Rayburn, reconociéndole inmediatamente.

El tanto tiempo desaparecido se les aproximó, sonriente.

—¡Phil, Mik! —llamó alborozado. Los tres se unieron en un estrecho abrazo—. ¡Ya tenía ganas de veros conmigo!

Con un leve gesto de la mano, Duncan indicó a los dos venusianos. Un par de *landis* se aproximaron a ellos, tomándoles por los brazos para alejarles de allí.

Los desgraciados, que habían mantenido un resto de entereza mientras se vieron algo amparados por la presencia de los dos terrestres, sintieron renacer todos sus terrores al ver que se pretendía separarlos de ellos.

Atemorizados, se arrodillaron ante Leontiev, abrazándose a sus piernas y murmurando entrecortadas frases de súplica.

Leontiev miró a Duncan. La mirada de éste era dura, y con un nuevo gesto obligó a los hombres—rana a apartar por la fuerza a los otros dos.

—¿Tienes alguna autoridad aquí? —preguntó Leontiev, algo asombrado de que aquellos seres le obedecieran con tanta presteza.

Duncan rió.

—Pues… algo de eso hay. Ya os contaré. Venid conmigo.

Le acompañaron al departamento de donde había salido. Se trataba de otro taller más pequeño que el anterior, y las máquinas que había en este último daban la impresión de que con ellas se realizaban trabajos más delicados de ajuste y precisión.

Un grupo de *landis* vigilaban también aquí. Duncan se hizo

acompañar de sus amigos hasta un rincón, separado del resto por unos muros transparentes.

—Sentaos —les indicó el banco de trabajo que había allí. Sobre él podía verse algo que muy bien pudiera ser la libélula decapitada pocas horas antes en la caverna donde habían pasado la noche.

Rayburn y Leontiev obedecieron.

—¿Qué ocurre aquí, Mack? —preguntó el primero—. ¿Qué se fabrica en este lugar?

—Robots —con una dura sonrisa indicó la libélula—. Hace poco me habéis destrozado una de mis obras de arte.

Los otros dos se volvieron, sorprendidos, a contemplar el objeto.

—¿*Eso* es un robot? ¡Pero si hay muchísimos como él en Venus! —dijo Leontiev, boquiabierto.

—Efectivamente. Hemos copiado de ellos para que pasaran inadvertidos. Los que tú dices son verdaderos seres vivientes, y están dotados de alas.

—Has dicho *hemos*. ¿Qué tienes tú que ver con este lugar?

Mack Duncan soltó una corta carcajada.

—¡El día que me trajeron aquí hice el gran negocio de mi vida! Me he convertido en el socio de uno de los más poderosos industriales del Universo, muchachos. ¡Y vosotros vais a participar de mi suerte, ya que por algo hemos sido siempre amigos inseparables!

En aquel momento, algo atrajo la atención de Rayburn, que hasta entonces no había tenido ocasión de observar detenidamente el pequeño taller del que les separaban los muros transparentes.

Un hombre, el coronel Duncan, se apartó de la tarea que estaba realizando, con la obvia intención de acercarse hacia ellos.

Inmediatamente uno de los *landis* le empujó sin demasiados miramientos para reintegrarle a su lugar de trabajo.

El coronel forcejeó, recibiendo un golpe que le lanzó trastabillando a un lado.

Dave Knight y Loranger, un poco más apartados, salieron en ayuda de Duncan, siendo inmediatamente refrenados, al igual que Janet, que trataba de auxiliar a su padre.

—¡Mack! —exclamó Rayburn—. ¡Están maltratando al Viejo!

—¡Déjale! —repuso Duncan con indiferencia—. Es muy tozudo. De todas formas, ya he dado instrucciones para que no sean muy duros con él.

—¡Ni siquiera te has vuelto!

—¿Para qué? Si el Viejo hubiera cumplido sus instrucciones, nadie se habría metido con él. Les tengo dicho a todos que se comporten dócilmente por su bien.

—¡Eres un miserable, Mack Duncan! —rugió Rayburn, poniéndose en

pie. Leontiev le imitó, tan indignado como él—. ¡Ni para tus propios padre y hermana tienes consideración alguna! ¿Quién nos mandaría arriesgarnos para venir en tu ayuda?

—Nadie, precisamente —Duncan se echó atrás, y como si ello hubiera sido una señal, tres o cuatro *landis* se aproximaron—. Sin embargo, me habéis hecho un favor viniendo.

—¿Un favor? —se extrañó Leontiev—. Estoy pensando que para lo único que te servimos es de estorbo.

—En parte… quizá. Sobre todo si os empeñáis en erigiros en la voz de mi conciencia —el cinismo de Duncan alcanzaba extremos inconcebibles. Era un completo desconocido para sus amigos de siempre —. Sabéis de sobra que los negocios no la tienen, ¡Y yo estoy metido en el más grande negocio que vieron los siglos!

Rayburn y Leontiev estaban a punto de estallar. Sin embargo el primero colocó una mano sobre el brazo del otro para tranquilizarle.

Le interesaba saber lo más posible sobre los manejos en que estaba metido Duncan.

—¿De qué clase de negocio se trata?

—No necesito vuestra ayuda en la forma que habéis intentado prestármela. Sin embargo, estoy falto de técnicos. En este aspecto os agradeceré vuestra colaboración.

—¿Forzada? —dijo irónicamente Rayburn—. Así no es de agradecer…

—Preferiría que fuera voluntaria. Pero, si no hay otro remedio… lo lamentaré mucho. No consentiré que estorbéis mis planes.

—¡Acabemos, Mack! ¿Qué quieres de nosotros, en concreto?

—Os he dicho que esto es una fábrica de robots. Yo estoy asociado con su fundador, como una especie de jefe de personal y encargado de talleres. Los beneficios se distribuyen por mitad.

—¿Y para qué quieres el dinero aquí, oculto de todo el mundo? No podrás disfrutarlo jamás.

—Eso crees tú. Mis planes alcanzan mucho más lejos, como verás.

—Continúa.

—Hace algunos años… no sé concretamente cuántos, una astronave procedente de un punto situado casi en el centro de la Galaxia, se aproximó a este sector. Sus medios de propulsión son tan delicados que el campo gravitatorio de un sistema planetario los afecta hasta dejarlos casi inservibles. Sin embargo, por un accidente que no he podido saber exactamente en qué consistió, la nave se encontró aprisionada cerca de la órbita de Júpiter y precipitándose hacia el Sol. Por fortuna, su piloto logró descender sobre este planeta, aunque en el choque perdió la vida.

»Sin embargo, el propietario de la astronave salió ileso, aunque anclado en este planeta para siempre, salvo que pudiera reparar las

gravísimas averías. Pero se encontraba con otro problema casi insoluble: la imposibilidad de abandonar una pequeña cabina acondicionada con gravedad artificial, ya que la de Venus es veinte veces superior a la de su planeta natal.

—No creo que nos interese demasiado esa historia, Mack. Lo que queremos saber es: ¿dónde encajamos tú y nosotros?

—Calma, Phil. Ya llegamos a ello.

»El aparato era una nave de carga. En su bodega habían dos o tres robots, y con la ayuda de ellos comenzó los trabajos de reparación, realizando también algunas exploraciones. Como este personaje, a quien yo llamo *Buck*, era un fabricante de cerebros electrónicos de una perfección que jamás hubiéramos podido soñar nosotros, pensaba con la mentalidad del hombre de negocios. Esta montaña en que estamos es un bloque de titanio casi puro, y él lo descubrió en el acto. Con los medios casi sobrenaturales que poseía a su alcance, terminó de reparar las averías; pero regresó más tarde con todo el equipo necesario para montar una factoría.

—¿Tan escaso es el titanio en el resto de los muchos planetas que debe conocer tu… *amigo Buck*?

—Debe serlo. El problema de la mano de obra, ya que el automatismo no puede hacerlo todo, lo resolvió capturando venusianos. Pero estaban poco preparados técnicamente para ello. Además, se valía como auxiliares de los *landis* y los *azih*, a quienes extirpó el ojo que llevan oculto para que no pudieran captar nunca la luz, eliminándoles así la fotofobia.

—Y entonces llegaste tú… —insinuó Leontiev.

—Precisamente. Llegué yo, y me envanezco de decir que la fábrica recibió un impulso fantástico. Nuestros robots son los más codiciados en la Galaxia entera.

—No creo que sea a causa de tus superiores conocimientos en la materia —Rayburn empleaba un tono ligeramente irónico, que tuvo la virtud de irritar a Duncan.

—¡En eso te equivocas, Phil! Tal vez no tenga una preparación técnica tan esmerada como la tuya o la de Mikhail, pero llevo un cerebro encerrado dentro del cráneo… —emitió una risita—. ¡Tú también lo llevas, ahora que caigo!

Algo en su voz hizo que los otros se sintieran desazonados.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Oh, nada! Como iba diciendo, se me ocurrió que, reemplazando parte de los cerebros mecánicos por otros humanos, se conseguiría una disminución de volumen y un considerable incremento en las facultades de los robots. Naturalmente que lo aprovechable apenas sería otra cosa que algunos centros nerviosos…

—¿Y lo has hecho? —Rayburn estaba jadeante—. ¿Has conseguido adaptar partes humanas a tus máquinas?

Duncan entendió mal la pregunta, pues orgullosamente contestó:

—Desde luego. Son varios los centenares de máquinas dotadas con cerebro humano, que hemos producido aquí. Su éxito ha sido rotundo, y las demandas nos tienen cubierta la producción para decenas de años…

—¡Estás loco, Mack Duncan! ¡Loco de remate!

Duncan permaneció inalterable.

—Tal vez tengas razón. Pero sabrás que resulta peligroso llevar la contraria a los orates. De modo que déjame seguir hablando…

—¡No quiero oírte ni una palabra más! ¡Sé lo que pretendes hacer, y no seré yo quien secunde tus planes!

Violentamente salió fuera, seguido por las últimas palabras de Duncan.

—¡Pensadlo bien los dos! Tal vez os interese más colaborar y haceros multimillonarios que acabar dentro de una coraza de titanio…

Capítulo VIII

—¡ESTÁ loco! —estas dos palabras no se apearon durante varias horas de los labios de Phil Rayburn.

—Desde luego, reconozco que está como un cencerro —asintió Mikhail, también decenas de veces—. Pero no creo que ello sea como para intentar suicidarse. Suele ocurrir con cierta frecuencia.

Rayburn reaccionó con violencia,

—¡Tú no conoces a Mack el tiempo que yo, Mik! ¡Hemos jugado juntos de pequeños! ¡Es el único hermano que he conocido!

—De acuerdo… de acuerdo. Pero…

La presencia de Duncan ante ellos cortó su frase.

—¿Ya habéis comentado bastante sobre mí? —preguntó, sin el menor acento amistoso.

Rayburn no contestó, limitándose a mirarle torvamente.

—Creo —dijo Leontiev lentamente, como si mordiera las palabras— que podemos decir lo que nos venga en gana.

—Te equivocas, Mikhail. Aquí el amo soy yo, y tengo terminantemente prohibidas las conversaciones en horas de trabajo. Por hoy se os pasa, pero ya estáis advertidos. ¡Andamos atrasados en el programa de trabajo!

—Por mí andarás retrasado siempre. Loco o no, lo que estás haciendo con tus propios padre y hermana, la forma en que los tratas, es imperdonable.

—¿Y tú, Phil —sonrió Duncan, como si aquellas palabras hubieran sido una alabanza— no dices nada?

—¡Vete al diablo!

—Vas a conseguir que pierda la paciencia —amenazó—. Mis *landis* no serán tan considerados como yo, cuando…

Jamás supieron lo que quiso decir, porque en aquel momento el puño de Rayburn entró en violento contacto con su mentón, derribándole como herido por el rayo.

Varios *landis* se aproximaron a la carrera, dispuestos a meter en cintura al rebelde.

—¡Destrozadle! —aulló Duncan por entre sus abotagados labios, olvidando en su furia que aquellos seres no comprendían la palabra hablada.

Pero sí conocían su obligación para con los díscolos, y se aprestaron

a cumplirla a conciencia. El primero se encontró con el puño de Leontiev, casi tan duro como el de Rayburn. Su enorme mandíbula crujió al recibir el impacto, cayendo sobre el que le seguía. Otro encajó en la blanda piel de su estómago un demoledor directo de Rayburn… y allí acabó la lucha a distancia.

Eran demasiados los enemigos, y poco después Rayburn y Leontiev caían bajo la avalancha, dando puñetazos y puntapiés contra aquellos silenciosos luchadores que apenas acusaban los golpes, aunque los terrestres tenían el convencimiento de que estaban haciéndoles verdadero daño, al menos tanto como recibían ellos mismos.

Únicamente el de la mandíbula fracturada permanecía apartado de la pelea.

Tras varios minutos de forcejeo, llenos de cardenales y rasguños, los terrícolas fueron puestos en pie, firmemente sujetos por cuatro de aquellos forzudos hombres—rana.

Duncan los miró con reconcentrado odio.

—¡Debería mataros a los dos! Pero necesito vuestros servicios y aún os concedo una última oportunidad. Mañana delimitaremos definitivamente nuestras posiciones.

* * *

—¡Demonios, Kurt! ¿No puedes hacerlo con más suavidad?

—Calma, Phil. Ya termino.

Kurt Loranger apartó sus manos del dolorido cuerpo de Rayburn. A falta de otra clase de remedios, él y Tamoto se habían dedicado a aplicar un masaje a los lesionados.

Rayburn dio media vuelta sobre sí mismo, con un suspiro.

Dos rostros se inclinaron ansiosamente sobre el suyo.

—¡Muchacho! —dijo el coronel Duncan, sonriendo forzadamente—. ¿Cómo te encuentras?

—¡Bien, jefe! Dispuesto a lo que sea.

Se sentó sobre el duro suelo, fijando sus curiosos ojos en el bello rostro de la rubia Janet.

No pronunció palabra, y antes de que ella hablara ya sabía que todo lo que hubiera antes entre ellos había sido olvidado.

—¡Oh, Phil! ¿No podrás perdonarme nunca?

—¿Qué he de perdonarte, *Gatito*? —su brazo rodeó la cintura de ella, sin importarle la presencia del coronel—. Sé mejor que tú lo ocurrido.

—Papá me lo ha contado todo —Duncan se alejó para que hablaran con más libertad, sin que les cohibiera su presencia—. Ahora sé que fue él quien obligó a Mack a venir a Venus, y que no fuiste tú quien escogió la tripulación que había de acompañarte. Cuando mi hermano quedó

aquí perdido, te pidió que admitieras tú la responsabilidad a fin de que yo no se lo reprochara.

—Olvida eso, Janet. No tiene importancia.

—¡Oh, sí la tiene! ¡Y mucha! Te sacrificaste a conciencia de que yo no te perdonaría jamás la pérdida de mi hermano, porque pensabas que eso era preferible a que dirigiera mi rencor hacia mi padre. Es un gesto muy noble que pocos habrían llevado a cabo.

—Era lo menos que podía hacer por vosotros, ¿no te parece? ¡Y, si quieres conservar mi amistad, procura no pronunciar una sola palabra más al respecto!

—Está bien, general —sonrió ella. Pero su sonrisa fue breve, al recordar la triste situación en que se encontraban por culpa ¡de su propio hermano! Acongojada, ocultó su rostro en el pecho del hombre, sollozando amargamente.

—¡No lo concibo, Leontiev! —estaba diciendo el coronel un poco más allá—. Si no fuera porque lo he visto con mis propios ojos, jamás creería que se trata de mi propio hijo.

—Tal vez tenga algo perturbadas las facultades mentales… —sugirió Mikhail sin ninguna seguridad.

—¡No! Tamoto y Kurt conocen bien el terreno que pisan. Mack está tan sano de la cabeza como cualquiera de nosotros… ¡Desagradecido! Si tiene interés en seguir con lo que está haciendo, ¡que lo haga! ¡Pero sacrificar a su egoísmo a sus mejores amigos, a su propia hermana, que han arriesgado sus vidas por venir a este maldito planeta, creyéndole en peligro…! ¡Es demasiado!

Janet se levantó, aproximándose al pobre viejo.

—Calma, papá. No podemos hacer nada.

Rayburn reflexionaba furiosamente, y los demás, viendo su mutismo, acabaron por dejarle solo.

—¡Es monstruoso! —Duncan, como padre de Mack, se creía obligado a dirigirle los más amargos reproches—. ¡Nada menos que tiene intención de enviar expediciones a la Tierra para secuestrar gente a fin de utilizarla en la formación de componentes de sus malditos robots! ¡De eso, a dedicarse a la trata de esclavos al por mayor, no molestándose en mantener una fábrica, solamente va un paso!

Rayburn no conocía este aspecto del problema, y prestó atención a lo que decía el coronel.

—No creo que tenga éxito, señor —objetó Leontiev—. Dentro de poco, Venus va a estar tan concurrido como el centro de Nueva York. Es cuestión de tiempo el que esta fábrica sea localizada… y se acabe el negocio.

—Tienen previsto eso también —manifestó el coronel con desaliento —. Para ellos no es inconveniente el impedir el acceso de los terrestres a

Venus, e irlos capturando conforme vayan llegando. Finalmente se abandonaría toda tentativa en vista de los sucesivos fracasos. Disponen de medios sobrados para poder hacerlo.

Phil Rayburn se tumbó, volviéndose ostentosamente hacia la pared de la celda que ocupaban los terrestres. Los demás, creyendo que se disponía a dormir, cesaron en sus voces.

Poco después, todos dormían. Todos excepto el capitán Philip Rayburn.

* * *

—¿Has reflexionado? —la conocida voz sobresaltó ligeramente a Rayburn, sentado ante el banco de trabajo que se le había asignado, mientras esperaba instrucciones acerca de la tarea a realizar.

—Tú ganas, Mack. ¿Qué hay que hacer?

El otro le dirigió una recelosa mirada.

—¡Oye,..! ¿Qué quiere decir eso? ¿Que te pasas a mi lado?

—¡Oh, no! No te hagas ilusiones. Te sigo creyendo tan cerdo hoy como ayer. Pero sé cuándo tengo perdida la partida. Sin embargo no te hagas ilusiones conmigo: en cuanto pueda te fastidiaré.

—¡El caballeroso capitán Rayburn —rió burlonamente Duncan—. ¡Tan insobornable como siempre! Incapaz de mentir, ni aún por salvar la vida.

Rayburn se encogió de hombros, mientras Duncan proseguía:

—Algunos de los demás no piensan como tú. Kurt y Dave consienten en colaborar voluntariamente.

—Porque son tan canallas como tú. Todos somos buenos mientras no tenemos ocasión de demostrar lo contrario… y ellos la han encontrado ahora. ¡Que os aproveche!

—También tengo esperanzas de convencer al viejo. ¡Sentiría tener que comportarme mal con él! Lo mismo digo con respecto a Janet, y tú quizá decidas unirte a mí con tal de evitarle a ella algún daño… ¡En fin! —suspiró, como doliéndose de la incomprensión de los demás—. ¡Tendré paciencia! Para algunas cosas se necesita tiempo.

—¡Espera sentado! ¿Quieres decirme ya de una vez lo que he de hacer? ¡Estoy harto de soportar tu nauseabunda presencia!

Brevemente se lo explicó. Era más bien un trabajo aburrido, consistente en el montaje de diminutos motores. Concluidos los diez primeros, la tarea resultaba ya sumamente sencilla y daba tiempo para reflexionar, a lo que se dedicó intensamente.

En varias ocasiones vio a Loranger y Knight, juntos o separados, levantarse de sus lugares de trabajo para acudir al departamento de Duncan, posiblemente a efectuar alguna consulta.

Y siempre les seguían las miradas de reconcentrado rencor de todos sus compañeros.

* * *

Había transcurrido una semana de tiempo terrestre y la situación permanecía estacionaria. Loranger y Knight, convertidos en verdaderos capataces a las órdenes de Duncan, vigilaban el trabajo de los restantes terrestres. Más de una vez surgieron altercados entre ellos, en los que siempre salían perdiendo los involuntarios trabajadores; la guardia de *landis* se encargaba de ello cuando los renegados no eran capaces de dominar la situación con sus propios medios.

Dave Knight se aproximó, contoneándose, a la mesa de Rayburn.

—Ven conmigo, Phil. Kurt te necesita.

—¿No tiene bastante con un perro? —preguntó el aludido, sin moverse.

Knight, tal vez el único terrestre cuya corpulencia superaba a la da Rayburn, levantó un brazo amenazadoramente.

—No me obligues a pegarte… Aunque no lo creas, todavía recuerdo que hemos sido amigos.

—Está bien —fingió rendirse—. Vamos.

Pero cuando estuvo de pie, en igualdad de posiciones con el otro, su puño se estrelló violentamente contra el abdomen de Knight.

—¡Ugh! —hizo éste, retorciéndose de dolor. Pero era resistente como un toro, y largó un potente directo que, de alcanzar a Rayburn en la cabeza, hubiera sido capaz de fracturarle las vértebras cervicales. Así, le dejó inmovilizado el brazo izquierdo con que lo detuvo.

Rayburn perdió el equilibrio, rodando por tierra.

—¿Tienes bastante, o quieres más aún, Phil? —preguntó Knight belicosamente.

Janet Duncan se deslizó fuera de su asiento con la intención de acudir en auxilio de su novio. Su padre se las vio y deseó para contenerla.

—¡Quieta, loca! ¿No ves que ese bestia es capaz de destrozarte con sus manos limpias?

Rayburn, ayudado por dos de los repugnantes hombres—rana, se puso de pie.

—Vamos —sonrió dolorosamente—. Parece que tenías razón.

Agitando el entumecido brazo, siguió al otro. Poco después se unían a Loranger, y Knight regresó al taller. Cuatro *landis* se quedaron custodiándoles.

Rayburn no pronunciaba palabra, esperando que fuera el otro quien iniciase la conversación… para tratarle lo más despectivamente posible.

—Mack nos está esperando. Cuando lleguemos nos indicará lo que hay que hacer.

Un ascensor les llevó en breves instantes a algún lugar bastante elevado dentro de la montaña. Al abrirse la puerta se encontraron dentro de una habitación de regulares dimensiones, con todas las paredes cubiertas de pantallas y cuadros de mando.

El centro quedaba ocupado por una máquina de más de un metro de alto por cuatro o cinco de lado.

Mack Duncan parecía estarles esperando con impaciencia.

—¿Qué hay que hacer, Mack? —preguntó Loranger.

El otro no parecía demasiado alegre. Por fin se decidió a hablar con ciertas vacilaciones.

—Mañana regresa mi socio a recoger un cargamento de máquinas ya terminadas que tenemos en el almacén. Necesito tener eso reparado para entonces.

—¿De qué se trata?

—Supongo que, en cuanto le des un vistazo por dentro, lo vas a descubrir; pero de todas formas te diré que es un aparato productor de ultrasonidos.

—¿Ultrasonidos? ¿Para qué?

Raybum, silencioso y hosco, prestaba, no obstante, gran atención a lo que se hablaba.

—Para comunicar con los *landis* y los *azih* —concedió Duncan desganadamente—. Es mucho más complicado que lo que hace aparentar su volumen. Dentro tiene una especie de traductor que traslada los sonidos del idioma de *Buck* a una clave de modulaciones ultrasónicas que comprenden perfectamente los sujetos a quienes va dirigido.

—¿Entonces, tú no puedes darles órdenes?

Duncan sonrió con cierta tristeza.

—*Buck* no fía completamente en mí. Soy una especie de prisionero privilegiado, aunque en forma provisional. Sólo poseo un limitado vocabulario para atender a las necesidades más sencillas y me está vedado extenderme más allá.

—¿Y cómo lo has averiado?

—¡Preguntas demasiado, Kurt! ¡Lo que quiero es que lo arregles!

Loranger le miró cara a cara.

—No es curiosidad por mi parte, Mack. Pero comprenderás que, si no quiero meterme a hurgar a ciegas en algo que ni siquiera conozco, tendré que saber lo más posible sobre lo que he de buscar.

—Tienes razón —reconoció Duncan, luego de una breve vacilación —. Traté de dar unas órdenes que no estaban comprendidas en el programa y… bueno, ahí está el resultado: algo debió estropearse.

—Comprendo —con una herramienta de forma muy especial que le alargaba el otro, abrió uno de los paneles laterales de la máquina. Un silbido de asombro se le escapó—. ¡Diablos! ¡Esto es muy complicado, Mack!

—Pero, ¿crees que lo podrás arreglar? —preguntó Duncan ansiosamente.

—No lo sé. Sin embargo haremos lo que nos sea posible. Phil es un buen mecánico y sus conocimientos de electrónica no son nada despreciables.

—Por eso le he hecho venir. Pero vigílale. No me fío de él.

—Ni yo. No te preocupes, Mack.

Duncan no les perdió de vista ni un solo instante. En un rincón donde no pudieran estorbar, los cuatro *landis* que los acompañaban, permanecían atentos a la menor indicación por parte de su amo. Loranger daba breves y tajantes órdenes, que Rayburn cumplía sin vacilación alguna, como si se hubiera contagiado de la prisa febril de los otros por terminar.

Transcurrieron varias interminables horas.

—Comprueba ese juego de *relais*, Phil —ordenó Kurt—. Yo voy a inspeccionar las líneas de distribución. Tengo la idea de que parte de la avería está allí.

El generador de ultrasonidos estaba conectado por medio de altavoces especiales a todos los departamentos del inmenso subterráneo excavado en la montaña, en forma tal que quien lo utilizase podía dirigir su voz transformada a cualquier lugar, vigilando éste al propio tiempo por medio de televisores. Loranger revisó todas las conexiones cuidadosamente, retocando algunas que le ofrecían dudas.

Finalmente, cubierto de sudor, aunque tal vez no tanto como el propio Duncan, se volvió hacia él.

—Lo siento, Mack. Hemos adelantado mucho, pero aún falta bastante. Y yo no me comprometo a continuar sin que Phil y yo tomemos un descanso de algunas horas. Estamos agotados.

—¡No puedes hacerme eso, Kurt! —imploró Duncan—. *Buck* está al llegar…

—Dos horas como mínimo… y otras dos para sustituir estos alternadores. Tendremos que hacerlos nosotros mismos. Luego volveremos aquí.

—¡Está bien! ¡Pero ni un segundo más de las cuatro horas!

Siempre vigilados por los cuatro *landis*. Loranger y Rayburn regresaron a sus lugares habituales de trabajo, y cada cual penetró en el departamento que tenían destinado para dormitorio. Desde que Knght y Loranger se habían puesto al lado de Duncan, dormían separados de los demás por miedo a que éstos les sorprendieran durante el sueño.

Dos horas más tarde estaban trabajando codo a codo en uno de los bancos. Los demás prisioneros, incluso Dave Knight, veían con asombro esta colaboración de los dos ex amigos.

—¡Date prisa, maldito! —gruñó Loranger en voz baja—. Por tu culpa nos estamos exponiendo a no terminar a tiempo.

Pocos momentos después Duncan estaba a su lado.

—¿Retrasa voluntariamente el trabajo, Kurt? —preguntó, señalando a Rayburn.

—¡No lo sé! ¡Lo cierto es que por su culpa hemos perdido más de media hora de trabajo! ¡Fíjate! ¡Este condensador, arruinado!

—Perdona, Kurt —pidió Rayburn con fingida humildad—. Ha sido sin querer.

—¡Y un cuerno! —bufó el otro. Pero siguió trabajando, sin preocuparse más del asunto.

Diez minutos antes de las dos horas que se habían concedido, estaban de regreso junto a la máquina.

Y, finalmente, Loranger pudo decirle a Duncan:

—¡Ya está! Es una lástima que no podamos comprobarlo, pero estoy seguro de que funciona como antes.

—¡Gracias, Kurt! —Duncan casi tenía lágrimas en los ojos.

En aquel momento se encendió una luz roja en uno de los tableros adosados a las paredes.

—¡*Buck* ha llegado! —Duncan estaba hecho un manojo de nervios—. ¡Regresad abajo! ¡Yo he de recibirle!

Capítulo IX

*B*UCK era un pirata.

Si las autoridades de la federación de planetas de que era súbdito hubieran sabido la clase de tráfico a que se dedicaba, posiblemente que en aquel mismo instante hubieran acabado sus negocios.

Pero *Buck* era listo también.

Y por ello guardaba en secreto la ubicación de la fuente de la materia prima empleada en sus supercotizados robots. De esta forma, pensaba, nadie podría acusarle de sacrificar seres inteligentes. Y tendrían que aceptar su palabra de que se trataba, simplemente, de animales con un sistema nervioso altamente desarrollado. Pero irracionales, en fin de cuentas.

Sus agentes estaban reclutando indeseables ansiosos de enriquecerse con facilidad. Cuando dispusiera de bastante personal de confianza, prescindiría de aquel terrestre, demasiado sinvergüenza para que pudiera fiar en él. La diferencia de gravedad, principal obstáculo con que había tropezado, ya no suponía problema. El, *Buck*, era una prueba viviente de ello.

Enfundado en un robot humanoide provisto de campo gravitatorio independiente, se sentía tan cómodo como hubiera podido estarlo en su planeta natal.

Sin embargo, aún no era tiempo de cambiar las cosas. Mack Duncan todavía podía servirle de mucho.

Luego… cuando emprendiera una sistemática despoblación del planeta Tierra, convirtiendo a sus habitantes en máquinas insensibles, o… ¿quién sabía? Quizá encontrara un mercado donde fuese necesaria mano de obra inteligente y… viva. Entonces habría llegado la hora a Mack Duncan.

La esfera metálica, muy semejante a la que tenía Duncan para los desplazamientos por Venus de los *landis* y *azih* a la caza de hombres, cayó como una piedra desde la negrura del firmamento.

Más allá de la órbita de Plutón quedaba la colosal astronave, incapaz de penetrar en los encontrados campos gravitatorios de un sistema solar sin que se averiaran algunos de sus delicados componentes.

* * *

Mack Duncan esperaba que *Buck* le dirigiera algún mensaje, pidiéndole

que saliera a recibirle al hangar donde solía guardar su aparato.

Por ello, su sorpresa fue enorme al ver el gigante metálico que, luego de abrir la puertecilla de entrada a la cabina de control de la factoría, penetraba, dirigiéndose rectamente hacia él.

Aquel robot le era por completo desconocido, e instintivamente se echó atrás.

—No temas, Duncan. Soy yo mismo.

—¡Ah! —suspiró con alivio—. ¡De momento me has asustado!

—¿Ha ocurrido alguna novedad durante mi ausencia?

—Varias. Como suponíamos, ha venido una segunda expedición en mi busca. Capturé a todos los que han bajado a tierra… y, con ellos, a mi amigo Leontiev. Ya sabes quién es.

—Te dije que evitaras hacerlo —la voz, claramente artificial, carecía casi por completo de inflexiones—. Nos resultaba bastante útil concentrando a los seres humanos nativos, facilitándonos el que pudiéramos capturarles en las cantidades necesarias, en lugar de buscarles de uno en uno.

—No pude evitarlo. Estaba guiando hacia aquí a los que me buscaban. Además, creo que su obra seguirá adelante lo mismo sin él.

—Ya está hecho —*Buck* parecía incapaz de sentir emoción alguna—. ¿Dónde los tienes?

—Son buenos técnicos todos ellos. Los he dejado a cargo de los montajes más delicados.

—¿No obstaculizarán el trabajo?

—Descuida, Reviso todo cuanto hacen y lo compruebo antes de aplicarlo a los robots. Hasta ahora se han comportado perfectamente. Si alguno se rebela, los *landis* se encargan de convencerlo para que colabore.

—Está bien. Quiero verlos.

Durante un rato escrutó por medio del televisor a los terrestres.

—¿Qué te parecen? —preguntó Duncan con ansiedad. No por lo que pudiera ocurrirles a sus compatriotas, que le tenía sin cuidado aunque dos de ellos fueran sus propios padre y hermana, sino por las consecuencias que pudiera tener para él mismo el que *Buck* quedara descontento de las disposiciones que había tomado.

—Parecen trabajar con interés. Especialmente el que está delante de todos en la fila de la izquierda, y el tercero.

—Son los mejores de entre ellos —declaró con orgullo Duncan—. Ese que está delante, y su compañero del otro lado, han aceptado colaborar voluntariamente con nosotros.

—No te confíes… —*Buck* dejó la frase en el aire, deteniéndose a mirar con más atención—. ¿Qué hace el de detrás, ese que te he nombrado antes?

—¿Quién? ¿Phil? Le he encargado del montaje de los servomotores auxiliares. Lo está haciendo muy bien.

—¡Eso que tiene entre las manos no es un servomotor!

—¿Cómo…? —se sorprendió Duncan. Indignado, continuó—: ¡Ahora mismo bajo y verá ese…!

El férreo brazo del robot hizo presa en él.

—¡Espera! —algo, tal vez un ojo, se clavó en el rostro del terrestre, mirándole con fijeza… fríamente—. Ese hombre está terminando un aparato emisor de ultrasonidos.

—¡No es posible! —gritó Duncan, anonadado—. Déjame que le pregunte a Kurt!

Buck no aflojó la presión.

—Sé conocer bien una cosa cuando la veo. Tus amigos te han engañado, porque ése a quien llamas Kurt tiene en sus manos también otro generador de ultrasonidos, además de otro mecanismo que no acabo de identificar.

Una pausa, terrible para Duncan, que sudaba de miedo, se hizo en la cabina de control. *Buck* reflexionaba intensamente.

—¡Has permitido a esos individuos que penetraran aquí! ¿Para qué?

—Se… se había producido una… una… avería —tartamudeó Mack, incapaz de zafarse del grillete que le aprisionaba.

Aquella mirada fría, impersonal, volvió a caer sobre Duncan.

—Trataste de incumplir mis órdenes. Por suerte había tomado precauciones, desconfiando de ti. Las máquinas me son fieles… más que tú.

Duncan se agitó débilmente. El pavor de que estaba poseído le contorsionaba las facciones en un horrible rictus.

—¿Qué… qué vas a ha… hacer con… conmigo?

—Matarte —la voz impersonal seguía con su monótono hablar— Pero antes de eso vas a ver hasta dónde se extienden mis poderes en este lugar.

Cautelosamente, temiendo una trampa, tanteó los controles del productor de ultrasonidos. Nada fuera de lo normal ocurrió. Los terrestres habían realizado una reparación perfecta.

Kurt Loranger se inclinó hacia el suelo, tanteando en busca de algo que parecía haber perdido. Instantáneamente Phil Rayburn abrió un cajón de su mesa y sacó un aparatito, colgándoselo del cinturón. El alemán hacía otro tanto con los dos que tenía sobre su tablero de trabajo.

Luego siguieron como absortos en sus tareas.

Buck pulsó unos mandos y su voz, convertida en algo inaudible excepto para los superdesarrollados oídos de los *azih* y los *landis*, alcanzó el departamento donde trabajaban los terrestres.

Loranger se levantó de un salto. Los *landis* hicieron un gesto al escuchar las órdenes que estaban recibiendo, pero instantáneamente se llevaron las manos a los lados de la cabeza, cuando la voz que les hablaba se convirtió en un atronador rugido.

En la escondida habitación de las alturas, un ser extraterrestre se afanaba frenéticamente en imponer orden a la máquina rebelde que amenazaba con destrozarse a sí misma, tan potentes eran las vibraciones que estaba produciendo.

Phil Rayburn abandonó su asiento, imitándole con breves segundos de intervalo Dave Knight, Tamoto, el coronel Duncan y su hija. El último fue Leontiev quien, cuando Loranger pasaba por su lado para dirigirse hacia los aturdidos *landis* levantó una pesada herramienta con ánimo de hundirle el cráneo con ella.

—¡Quieto, Mik! —gritó Rayburn. El hombre se quedó de piedra, asombrado de que se le impidiera hacer algo que estaba deseando con todas sus fuerzas.

—¡Idiota! —aulló—. ¡Me has estropeado la mejor acción de mi vida!

Pero tuvo que cambiar pronto de opinión al ver que Loranger dirigía la pequeña caja que llevaba en sus manos hacia los hombres—rana, y que éstos retrocedían bajo la avalancha de silenciosos ultrasonidos.

Segundos después se desplomaban sin sentido, con los tímpanos reventados.

—Fuera de combate. Estos ya no nos estorbarán. ¡Vamos arriba!

Rayburn, seguido de todos los demás, que finalmente parecían haberse hecho cargo de la verdadera situación y se procuraban barras de hierro y herramientas pesadas a falta de mejores armas, salió en busca del lugar desde donde se controlaba prácticamente la vida toda de aquel lugar.

—¡Si no nos damos prisa, puede encontrar la forma de anularnos! —gritó Loranger, colocándose junto a Rayburn—. Eleva la tensión al máximo.

—¿No pasará nada demasiado grave, Kurt? —preguntó el joven con desconfianza. Aunque algo vaga, tenía una idea de lo terribles que podían ser los ultrasonidos. El espectáculo de los *landis* desplomándose totalmente sordos, era una demostración de ello.

—¡No hay más remedio! ¡Hemos de inmovilizarle para que no pueda tomar medidas!

Obedeciendo la orden, Phil giró un pequeño botón de una de las cajitas que colgaban de su cintura.

La mano metálica que se apoyaba sobre la cubierta de la gran máquina, vibró tan violentamente que *Buck* tuvo que apartarla como si quemara. La trepidación se transmitió al pavimento y a las paredes, y los vidrios de las pantallas televisoras, diales y luces indicadoras, se

convirtieron prácticamente en polvo en cuestión de segundos.

El ser extraterrestre se veía en apuros para mantener el equilibrio. Los dientes de Mack Duncan castañeteaban violentamente, no por causa del pánico cerval que le dominaba, sino por la vibración que se estaba transmitiendo cada vez con mayor intensidad a todos los objetos sólidos: partes metálicas… el propio esqueleto del terrícola amenazaba con quebrarse de un momento a otro.

Buck se vio perdido. El cuerpo de que se servía no estaba constituido como el de los seres humanos. Era una simple máquina, compuesta casi exclusivamente de titanio, motores auxiliares, conducciones eléctricas… En cuanto algo se quebrase, cesaría el campo gravitatorio artificial, o quedaría paralizado de una pierna, un brazo… En cualquier caso suponía la muerte, a mayor o menor plazo, de su endeble cuerpo, incapaz de resistir la para él agobiadora atracción emanada del centro del planeta.

Trató de hablar, pero la voz se negó a transmitirse en el alterado aire de la habitación. Su mano metálica acentuó la presión sobre el brazo de Duncan, tronchándolo como si no hubiera tenido consistencia alguna. Lo elevó en el aire sin esfuerzo alguno por su parte, y Mack se sintió proyectado sobre la máquina.

Allí quedó, amortiguando ligeramente las vibraciones con la blandura de su cuerpo destrozado, sintiendo cómo los huesos se le iban quebrando uno detrás de otro según entraban en fase con las ondas ultrasónicas…

El ligero respiro proporcionado por el cambio de ritmo en las vibraciones, al ser absorbidas en parte por el cuerpo de Duncan, permitió a *Buck* dar unos vacilantes pasos hacia la salida.

Abrió la puerta…Frente a él, apenas a cuatro pasos de distancia, siete personas cerraban el paso. Los dos que iban primeros dirigieron hacia *Buck* los emisores de ultrasonidos.

Buck dio un paso hacia adelante.

No hubiera sido fácil explicar lo que sucedió a continuación. Los terrestres tampoco supieron jamás que cuando aquel ciclón se les vino encima ya estaba prácticamente muerto… por ellos mismos.

El robot que servía de vehículo a *Buck* había tenido que soportar un violentísimo esfuerzo dentro de la cámara de control. Lo que a él le pareció un alivio con el cambio de ritmo causado por la caída de Duncan sobre la máquina no fue sino una nueva tensión añadida a la sufrida con anterioridad. Al abrir la puerta se produjo un nuevo cambio… otro con la proyección hacia él de dos pequeños generadores, con sus correspondientes ondas gemelas.

Fue demasiado. El metal, cansado de tanto esfuerzo, cedió por alguna parte. El campo gravitatorio artificial cesó en el acto.

Buck lanzó un terrible grito de angustia que, retransmitido por el potente altavoz de que iba provisto, dejó medio sordos a los terrícolas que hasta entonces no habían percibido en sus oídos otra cosa que los sonidos naturales de sus voces.

Paralizados por la impresión, vieron cómo aquel monstruo metálico se lanzaba sobre ellos a la carrera, golpeando a derecha e izquierda, derribándolos a todos…

Para caer un poco más allá, levantarse de nuevo y, finalmente, rodar por tierra, incapaz de llegar al refugio de su pequeña astronave, que le hubiera permitido huir de allí antes de que aquella mano gigantesca, que parecía aplastarle sobre el suelo, hubiera cumplido totalmente su obra….

Sintiendo cómo el suelo temblaba perceptiblemente bajo sus pies, Phil Rayburn se levantó, ayudando a Janet a hacer lo propio. Los demás se iban incorporando como podían, quejándose de magulladuras por todas partes.

Afortunadamente no había ningún herido grave.

Se dividieron en dos grupos. Uno, encabezado por Loranger, a quien seguían Tamoto y Knigt, volvió hacia atrás, aproximándose con precauciones al caído *Buck*, que aún parecía moverse ligeramente con los últimos espasmos de su fugitiva vitalidad. Los demás penetraron en la cámara.

El coronel Duncan y Janet se precipitaron sobre Mack. Antes de que pudieran apartarle de allí, las vibraciones habían hecho presa en ellos, sacudiéndoles ferozmente. La muchacha lanzó un grito tembloroso de terror.

Rayburn, tambaleándose sobre el piso inestable, cerró el contacto con su diminuto aparato de control a distancia.

Entre todos sacaron a Duncan fuera de allí. Aún vivía, pero estaba claro que no iba a durar mucho. Estaba por completo destrozado interiormente; tenía la lengua destrozada a causa de las vibraciones de su dentadura, y grandes bocanadas de sangre le impedían pronunciar palabra. Posiblemente ni siquiera tenía consciencia de que había terminado el horrible martirio a que estuvo sometido.

—Es imposible saberlo con exactitud —dijo Kurt, incorporándose de junto al robot cuando llegaron a su lado—, pero yo diría que está tan averiado que, hasta donde puede aplicarse la palabra a una máquina, podemos considerarlo *muerto*.

Ni a uno solo de ellos se le ocurrió que dentro de aquella máquina había alentado minutos antes un ser inteligente y perverso hasta lo inconcebible.

En un lugar donde el pasillo se ensanchaba algo, junto al ascensor que conducía a los pisos bajos del subterráneo, hicieron un alto, dejando

a Duncan en el suelo.

Se moría por momentos.

Su padre y hermana, olvidados de que aquel hombre no hubiera vacilado en sacrificar sus vidas si con ello creía servir a sus propios criminales propósitos, no veían en él sino al alegre muchacho, bondadoso y optimista, que siempre fue para ellos.

Y los demás, contagiados del dolor de aquellos dos seres, también comenzaban a permitir que el recuerdo de los últimos días se fuera esfumando de sus memorias para dar paso únicamente a la imagen del amigo y compañero de alegrías, juerguista y despreocupado, por quien todos ellos habían arriesgado sus vidas sin vacilar un segundo, en cumplimiento de lo que consideraban un deber.

—¿Por qué ha de saberlo nadie? —preguntó Phil en voz baja, dirigiéndose a Tamoto y Loranger.

Sin embargo, alguien había captado aquellas palabras. El coronel Duncan se irguió con lentitud, enfrentando a todos ellos.

—Gracias, muchachos. Pero no veo tampoco la necesidad de mentir. La culpa, para quien la merezca y los honores para quien los haya ganado en buena lid,

—¡Pero, señor..,!

—¡Lo dicho, dicho queda, capitán Rayburn! ¡Y no olvide que soy yo el jefe de esta expedición y el encargado de redactar un informe *fiel* de lo ocurrido! ¡No se discuta más este asunto!

En aquel momento expiraba Mack Duncan. Janet se apartó de su lado, refugiándose en los brazos de Rayburn quien, inconscientemente, le acarició la rubia cabellera. En realidad se encontraba muy lejos de allí en aquellos instantes.

Dave Knight, sin ayuda de nadie, echó sobre sus fornidas espaldas el cuerpo de Duncan, y todos penetraron en el ascensor. El coronel pareció que iba a protestar, pero finalmente guardó silencio.

Desconocedores de la topografía del lugar, su intención era salir de allí siguiendo el mismo camino por donde les habían hecho entrar días antes. Cruzaron los talleres donde habían estado trabajando.

Todavía permanecían en el suelo los cuatro *landis* ensordecidos por la primera explosión de ultrasonidos.

En el departamento mayor, los venusianos continuaban trabajando, ignorantes de que sus dos amos habían muerto ya. Una veintena da *landis* y otros tantos *azih* ciegos les vigilaban en aquel momento.

Antes que se percataran de la ratonera en que se habían metido, los terrestres se vieron envueltos en un torbellino de cuerpos verdosos y negros, que se precipitaban sobre ellos desde todas partes.

—¡Atrás! —gritó el coronel—. ¡Regresemos al otro taller!

—¡Pon en marcha la máquina, Phil! —ordenó Loranger por otro lado

—. Conéctala con los altavoces de toda la red!

Ninguna de las dos órdenes pudo cumplirse inmediatamente, ya que aquellos seres cuyos únicos medios de comunicación consistían en unas vibraciones imperceptibles para el oído humano, se habían interpuesto entre ellos y la puerta de regreso.

Phil Rayburn estaba demasiado ocupado en destrozarle los ojos a un *landis* que había atrapado a Janet Duncan… Cuando logró por fin que la soltara, tuvo que hacerle frente él mismo, viendo cómo un *azih* trataba de unirse a la desigual pelea.

Afortunadamente, Dave Knight, el único cuyas fuerzas podían compararse a las de aquellos terribles hombres—rana, se encargó de nivelar el combate… acabando por inclinar la ventaja de parte de su amigo.

Leontiev emitía una sucesión de gritos guturales en idioma venusiano. Primero sus amigos Wassa y Tain… luego los demás, acabaron uniéndose a la lucha por la libertad y la vida

Sin embargo, aun siendo numéricamente superiores, no podían considerar ganada la batalla. Aquellas bestias feroces eran formidables máquinas de luchar, ágiles, fuertes, furiosas…

Phil Rayburn giró a toda la potencia el reóstato de mando…

Los seres humanos no captaron cambio alguno. No así sus enemigos, que se detuvieron momentáneamente, confundidos por el rugido que llenó el recinto. Fue lo suficiente.

Cuando pudieron cerrar la puerta de comunicación y sentirse relativamente seguros, faltaban del grupo, además de una veintena de venusianos, tres terrestres.

—¡Pobre coronel! —gimió Knight, derrumbándose sobre un banco de trabajo—. ¡Fue horrible! ¡Le rasgaron la garganta de un solo golpe!

—Yo vi caer a Kurt y Tamoto —murmuró Leontiev, cabizbajo—. Asimuro quiso ayudar a Kurt cuando tres de esos asquerosos bichos negros se le echaron encima… Fue inútil.

Janet Duncan lloraba en silencio tendida sobre el duro suelo. El doble golpe recibido era algo mas fuerte que ella misma, y Rayburn se sentía incapaz de consolarla, limitándose a darle palmaditas en la espalda de un modo automático, sin darse cuenta de lo que hacía.

Una formidable explosión llegó hasta ellos a través de la espesa capa de roca que los rodeaba por todas partes. La nave de desembarco de *Buck* había hecho explosión.

Algunas grietas se abrieron en el suelo y techo, y trozos de revestimiento se desprendieron. Pero aunque, según pudieron comprobar después, algunos de los departamentos superiores, en especial la cámara de control, habían quedado totalmente cegados por los desprendimientos, abajo apenas se sintieron los efectos.

Nunca estuvo muy claro el motivo de la destrucción de la nave, aunque la explicación que más adeptos obtuvo fue la de que los ultrasonidos, transmitidos por los altavoces, causaron la fisión nuclear del combustible. La abundante radiactividad en los alrededores de la explosión parecía buena prueba de ello.

Y dos horas más tarde, más allá de la órbita de Plutón, se producía una cegadora luminosidad que nadie supo jamás a qué atribuir. *Buck* tal vez hubiera podido dar una explicación. Pero *Buck* estaba muerto.

CONCLUSIÓN

TRES días después, un famélico grupo emergía por una estrecha galería practicada por la tripulación del helicóptero llegado en respuesta a sus llamadas de auxilio.

—Jamás me sentí tan inseguro de mis habilidades como cuando se trató de construir una emisora de radio con los elementos que tenía a mi disposición —diría Phil Rayburn algún tiempo después—. Por suerte pude establecer contacto antes de que aquello se me deshiciera entre las manos. En algunos momentos llegué a creer que, luego de habernos librado de todos los peligros, íbamos a terminar enterrados en vida dentro de aquel maldito subterráneo sin salida.

Janet Duncan, convertida en una sombra de la hermosa mujer que había sido, tuvo que ser transportada en una camilla. Sin embargo era cuestión de tiempo el que se repusiera del horrible choque moral y las privaciones físicas sufridas.

Luego… Phil Rayburn proyectaba hacerle olvidar, hasta donde fuera posible, con sus propias atenciones, la tragedia que ahora la hacía desear la muerte.

Durante el vuelo de regreso, Moshe Cohn, el piloto que los dejara caer sobre Venus, cedió los mandos a su ayudante.

—Cuéntame lo ocurrido, Phil.

Este sonrió, apartándose de junto a Janet.

—Ya leerás el informe. Solamente te puedo decir que una de las mayores alegrías de mi vida fue cuando nos mandaron a Kurt y a mí que reparásemos un aparato productor de ultrasonidos. Kurt, que era un mago de la electrónica, había fingido pasarse al enemigo, junto con Dave, para ganarse su confianza. Por suerte lo consiguieron en parte, lo bastante para permitirles cierta libertad de movimientos. En dos horas fingimos construir unos accesorios que hacían falta para la reparación, cuando en realidad lo que hacía falta era montar un control a distancia para la máquina. Este control, trabajando normalmente, no hubiera llevado menos de diez días a un equipo especializado.

Moshe lanzó un silbido de asombro.

—¿Y vosotros lo hicisteis en dos horas?

—Seguro. ¡Y si Kurt me dice que solamente teníamos diez minutos, también lo hago! ¡Me iba la piel en ello, amigo!

—¿Y… —vaciló— y los demás?

Rayburn bajó la cabeza, apesadumbrado.

—Ya puedes suponer lo que les ocurrió. No están aquí.

—Encontraste a Mack, ¿verdad?

—Desde luego. Lo mismo que a Mikhail. Pero de poco nos sirvió. El pobre Mack fue destrozado por un robot loco, cuando prácticamente palpaba ya la libertad. Los demás murieron después, en una escaramuza. Gracias a todos ellos podemos decir que vivimos nosotros.

—¡Pero… también se necesita desgracia, hombre! Tantos meses prisionero… a saber las penalidades que sufriría. Y, cuando todo parece haber concluido…

Rayburn volvió la cabeza para que el otro no creyera que era de alegría la sonrisa que se dibujaba en sus labios.

Dave Knight estaba lo bastante cerca para oír sus últimas palabras.

—Sí. Es una verdadera lástima. Mack fue todo un héroe, y así lo haré constar en el informe. La muerte del coronel me convirtió en el jefe del grupo y, estoy seguro, no diciendo más que la verdad, a Mack le darán alguna recompensa a título póstumo. Su hermana lo agradecerá.

Se apartó de allí, para volver junto a Janet. La muchacha dormía.

Algo avergonzado por lo que iba a hacer, aproximó sus labios a la frente de ella, vigilando de reojo por si alguien miraba.

Mientras la besaba suavemente, casi sin tocarla, murmuraba:

—No hay por qué mentir. La culpa, para quien la merezca, y los honores para quien los haya ganado… ¡Pero resulta a veces tan agradable ocultar un poco la verdad, sin perjudicar a nadie!

Janet Duncan pareció oírle. En sueños sonrió dulcemente.

FIN